INFORME POLITICO

presentado

al **III CONGRESO**

del **PCE(r)**

por

M.P.M. ***(Arenas)***



1993

La década de la infamia

INDICE

I

LA DECADA DE LA INFAMIA.. 5

- Una situación política inestable.. 7

- El fiasco europeo.. 12

- La desintegración del Estado y el nuevo auge del movimiento revolucionario.. 16

II

DOS CRISIS PARALELAS.. 20

- Vivimos en la época del imperialismo y de la revolución proletaria.. 23

- Es la guerra... 28

- Somos internacionalistas.. 32

III

EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN, ES EL MÁS IMPORTANTE Y DECISIVO....................... 36

- Reforzar el aparato clandestino del Partido................... 40

COMUNICADO DEL CONGRESO

Camaradas:

Con la celebración de este Congreso damos cima a la etapa más larga y difícil de la historia del Partido, y también, como es lógico, a la que más experiencias nos han aportado. Por este motivo mi informe va a resultar más extenso de lo habitual. Habrá, pues, que armarse de paciencia.

Como se podrá comprender, llegar hasta aquí no nos ha resultado nada sencillo. Para poder hacerse una idea, siquiera sea aproximada, de las enormes dificultades que hemos tenido que vencer, basta con reparar en el hecho de que desde 1977, en que celebramos el II Congreso, no ha tenido lugar ninguna otra reunión de este tipo. Hace ocho años comenzamos a plantear la necesidad de convocar el III Congreso y, consiguientemente con ello, avanzamos el proyecto de Programa y Estatutos del Partido. Pero poco después, debido a diversas circunstancias, nos vimos obligados a posponerlo. De modo que aquel proyecto, dado el largo período transcurrido desde entonces, se hizo 'viejo', quedó desfasado y hubimos de retirarlo. El proyecto que se va a debatir aquí, y que deberá ser aprobado con todas las enmiendas y modificaciones que se consideren, es un proyecto nuevo que ya ha sido ampliamente discutido entre los militantes, simpatizantes y amigos del Partido. No podíamos dejar de presentar esta nueva redacción después del largo tiempo transcurrido y a la vista de los importantes acontecimientos que se han ido sucediendo tanto en nuestro país como en el plano internacional con el derrumbe de la URSS y de otros estados socialistas. A la vez, esta experiencia nos ha permitido comprender mejor la historia del movimiento comunista y algunas particularidades del proceso revolucionario. Todo ello aparece recogido en el nuevo proyecto junto a una más completa y ordenada exposición de las tesis que hemos defendido a lo largo de los años en relación a la estrategia, la táctica y el plan de organización de la revolución en España.

Con estos materiales en la mano, algunos camaradas no han podido librarse de la impresión de encontrarse ante una 'colección' de planteamientos e ideas ya sabidas y repetidas muchas veces. Y esto lo dicen como haciéndonos un reproche. Sin embargo, para nosotros eso demuestra que hemos procedido correctamente. ¿O qué esperaban, que nos íbamos a sacar de la manga un programa completamente distinto? ¿Acaso suponen que las ideas, los planes, los métodos, en otras palabras, la línea política e ideológica de un partido revolucionario, caen del cielo o se elaboran de un día para otro, prescindiendo de la práctica, de las experiencias acumuladas en la lucha de clases, de los aciertos y los fracasos? Lamentamos no poder ser tan 'originales'.

El Congreso tiene, entre otras, la misión de formular el Programa y la línea de actuación del Partido, basándose para ello en los textos presentados por la Dirección que resumen el conocimiento ya adquirido por las masas en sus luchas, así como el derivado de la propia actividad desarrollada por el Partido. Por este motivo se puede afirmar que el Congreso 'no va a aprobar' nada que no haya sido planteado y corroborado antes por la práctica. Sólo un programa y una línea así elaborados pueden merecer confianza y ser considerados como verdaderamente comunistas y revolucionarios.

La realidad es que nuestro Partido, el Partido Comunista de España (reconstituido), no acaba de nacer ni parte en ese sentido del vacío. Detrás de nosotros está la tradición de lucha del movimiento obrero y comunista internacional y de nuestro propio país. Por lo demás, los 16 años transcurridos desde que celebramos el II Congreso hasta la fecha pensamos que forman el mejor banco de prueba al que se podía someter nuestra línea de actuación. Más si consideramos las condiciones tan especiales que hemos tenido que afrontar: primero fue la reforma del régimen fascista y el relativo aislamiento en que quedamos, enfrentados al Estado, tras la traición y el colaboracionismo a que se entregaron todos los partidos y grupos autodenominados de 'izquierda', 'comunistas' y hasta 'maoístas'. Hace mucho tiempo que la mayor parte de esos grupos dejaron de existir. Pero entonces se dio la curiosa circunstancia de que fueron ellos, precisamente, es decir, los que más ostentación hacían de verbalismo revolucionario, quienes más se destacaron en sus ataques rabiosos al Partido y más empeño pusieron en la campaña de difamación orquestada por la prensa amarilla con el fin de aislarnos de las masas, llegando incluso algunos de ellos al extremo de negar toda «ayuda jurídica» a los camaradas presos. De esta manera tan ruin y cobarde trataron de encubrir su traición a la causa popular o su abandono.

Este fue uno de los motivos que nos han obligado a tener que enfrentar más tarde la represión brutal, la tortura y los asesinatos de numerosos dirigentes y militantes de base del Partido y el continuo acoso policial casi en solitario. Hemos de reconocer que de esta manera, al igual que sucede siempre en situaciones parecidas, la reacción española y sus colaboradores han logrado una parte de sus propósitos al impedir que el Partido pudiera fortalecer sus lazos con la clase obrera y establecer otros nuevos. También han dificultado un mayor desarrollo y fortalecimiento de la organización. Sin embargo, no han conseguido lo que sin duda constituía su principal objetivo: quebrar nuestra voluntad de resistencia, hacernos abandonar la línea marxista-leninista o aniquilarnos. Este resultado va a determinar en lo sucesivo el curso cada vez más desfavorable para ellos que habrá de seguir el enfrentamiento entre el Estado fascista español y el movimiento político de resistencia, pues si los fascistas y sus criados no han conseguido acabar con el Partido ni detener su actividad durante los años de los milagros, de la guerra sucia y de la borrachera de los negocios, ¿podrán lograrlo en el futuro?, ¿van a conseguir aislarnos de los trabajadores, desacreditarnos y hacernos claudicar?

I

La década de la infamia

Es ya un lugar común afirmar que el régimen de la oligarquía financiera española padece desde hace tiempo una crisis incurable, aunque, a decir verdad, nosotros nunca hemos dejado de hablar de esta crisis por más que aparentara salud y fortaleza. En esto, como en tantas otras cosas, nos hemos distinguido. ¿Cómo, si no, hubiéramos podido combatir al Estado en la forma que lo hemos hecho, de no estar convencidos de su gran debilidad y vulnerabilidad, de no estar convencidos de la crisis que le corroe por dentro, de su aislamiento respecto de las masas populares y de que la política reformista no les había proporcionado la base social ni la estabilidad política que estaban buscando? Nosotros en ningún momento nos hemos dejado engañar por las apariencias y frente a quienes, analizando la situación y el mismo carácter de la reforma desde otra perspectiva y otros intereses, nos han acusado de estar afectados de subjetivismo y de cosas aún peores, siempre hemos expuesto nuestras razones, el análisis marxista-leninista y nuestra firme posición de clase. El examen crítico y la propia experiencia nos habían convencido ya en 1977, o sea, antes de que se hubiera consumado la reforma del régimen, de que, si bien éste había conseguido superar lo que considerábamos «la primera fase de la crisis» (gracias a la colaboración y el apoyo que le habían prestado los carrillistas y otros canallas como ellos), no iba a poder salir del atolladero histórico en el que se hallaba metido, y eso ni con el fascismo de viejo cuño, ni con una farsa del parlamentarismo como la que han representado durante la década felipista de la mentira, la trampa, el robo descarado y la guerra sucia. Esto se debe a la naturaleza monopolista del capitalismo español y también, en no menor medida, al carácter fascista que sigue teniendo el Estado que le sirve de soporte, el cual se ha seguido manteniendo en pie gracias a los retoques ‘democráticos’, cosméticos o de fachada; ése era el verdadero sentido de la reforma. De ahí su debilidad. De ahí también nuestra insistencia en la permanencia de los factores tanto económicos como políticos, ideológicos y culturales que le habían conducido a la crisis y la certeza casi absoluta de que ésta, a no tardar, volvería a reproducirse de forma mucho más agravada. Preveíamos que en lo sucesivo la oligarquía financiera y el imperialismo no iban a tener el importante apoyo y la ‘legitimación’ que habían recibido de parte de los carrillistas y felipistas por haberse éstos ‘quemado’ y desenmascarado durante la reforma.

«La llegada al gobierno de los felipistas -decíamos en el informe al C.C. en Septiembre de 1984-, *de esa pandilla de señoritos socialfascistas, ha supuesto para el régimen de la oligarquía un globo de oxígeno que le ha librado momentánea-*

mente de la necesidad de tener que hacer concesiones al movimiento popular». Y proseguíamos: *«Esta subida al poder de los felipistas, con sus diez millones de votos, recolectados a base de la demagogia más rastrera y a las más depuradas técnicas de imagen y engaño, pudiera parecer a más de un ingenuo un triunfo de la reacción en toda línea. Pero en realidad no es así. Reparemos, siquiera sea por un momento, en las circunstancias en que llegan Felipe, Guerra y cía al Gobierno: después del intento golpista del 23-F y con una UCD acorralada y deshecha por un sinfín de disensiones internas. El bandazo a la derecha que venían exigiendo los militares, la banca y la Iglesia se hacía inevitable toda vez que se había conseguido neutralizar a la clase obrera. Pero este 'golpe de timón' a la derecha no podía darlo ya un partido como la UCD y menos aún podía hacerlo el Sr. Fraga o los coroneles. El temor a la respuesta popular les condujo a preparar a toda prisa la llegada de los felipistas, cuando todos los planes y previsiones anteriores apuntaban a mantener este partido en la reserva para cuando llegaran los malos tiempos. En este sentido se puede decir que el gobierno del PSOE supone un gran fracaso político de la oligarquía, al tener que quemar antes de tiempo esta última baza que les quedaba para jugar por la banda de la 'izquierda' y quemarla, además, en un tiempo récord, pues los problemas apremian y la nave del Estado no podía mantenerse por más tiempo desguarnecida ante la grave situación económica y los continuos ataques de la guerrilla».*

Todo esto que decíamos hace años se ha confirmado en la práctica y constituye hoy día, como ya lo anunciábamos entonces, «el rasgo más destacado» de la nueva fase de la crisis del régimen. No es nada extraño, a nosotros desde luego no nos sorprende en absoluto, el desprestigio y el aislamiento a que han negado el PSOE y todos los demás partidos burgueses junto al conjunto de instituciones o instrumentos en que se basa su dictadura de clase. Como se puede comprender, esto no sucede sólo por asuntos de corrupción como nos quieren hacer creer. No es la primera vez que denunciamos que todo eso no es más que la cortina de humo con la que pretenden ocultar otros problemas más graves y responsabilidades mucho más sangrantes del poder, todas ellas derivadas del estado de las 'cañerías' y de las cloacas, donde, según aseguraba Felipe González, se defiende el «Estado de Derecho»: o sea, la guerra sucia, las detenciones arbitrarias, la tortura sistemática, el exterminio de los presos políticos, los asesinatos de los oponentes al sistema, los crímenes del GAL, etc. Todo el mundo, desde la llamada oposición a la pandilla de carroñeros de los medios de comunicación, conoce en todos sus detalles cada uno de esos crímenes y tropelías y, sin embargo, nunca nadie los ha sacado a relucir. Sólo muy recientemente se ha empezado a hablar de ello. La cloaca les ha 'reventado', pero tampoco esta vez se deciden a presentar a la ya famosa trama de los GAL y a la guerra sucia como lo que realmente han sido y aún continúan siendo: el componente esencial de la política de terror fascista que siempre ha practicado la oligarquía española, aplicada ahora de otra forma, una forma adaptada a las nuevas circunstancias «democráticas». Nadie ha explicado que esta política es consustancial al Estado español, que de ella se ha servido el capitalismo en España para promover su desarrollo y que es la única política que pueden aplicar para

asegurar su continuidad, la explotación, y no verse desbordados por el movimiento revolucionario de las masas. El mérito de la reforma, y en particular de los felipistas, ha consistido en ocultar esa realidad, lo que les ha permitido hacer el trabajo sucio que ningún otro partido burgués podría haber hecho en estas circunstancias. Pero que la guerra sucia es asunto oficial y está programada, financiada y dirigida directamente desde los despachos ministeriales; que fue Felipe González el que, ya desde el discurso de su primera investidura, dio garantías a los golpistas y demás poderes fácticos de que continuaría, y aún perfeccionaría en toda su brutalidad, esa misma política de terror... todo esto y otras muchas cosas ya se sabían. ¿Por qué no han hablado de ello durante todo este tiempo, y sólo ahora los órganos de prensa de la 'oposición' se han decidido a denunciar algunas cosillas? La razón no es otra que el pacto de silencio que todos los partidos institucionales habían establecido (pacto «Antiterrorista», lo denominaron). Ese pacto, por lo que se ve abarca también la concesión de un indulto para el Amedo y compañía, pues, ciertamente, no resulta muy legal ni 'humano' que sean éstos, los peones, quienes paguen por el presidente, los ministros y demás señorías. Claro que ese silencio y colaboración tenían un precio. Así se han ido propagando los sobornos, la prevaricación, las estafas multimillonarias, etc., que han infectado a todo el cuerpo social. Esta ha sido la base sobre la que se ha establecido ese pacto antidemocrático y contrarrevolucionario que todavía se mantiene.

No es sólo la corrupción, sino la creciente oleada de indignación entre las masas populares por todos esos abusos y crímenes, la independencia y radicalización de sus luchas, los continuos progresos del 'partido de la abstención' o en otros muchos casos la desvinculación del voto, la extensión del boicot político, de la desobediencia civil y de otras formas de resistencia de los trabajadores, lo que constituye la más clara manifestación de esa crisis que habíamos anunciado con tanta antelación. A esto hay que añadir los efectos de los recientes 'ajustes' y 'desastres' provocados por la recesión económica y por el fracaso de los planes de integración en Europa; de la irrupción del nacionalismo en sectores de la gran burguesía de Cataluña, el País Vasco, Galicia y Canarias; la aparición del regionalismo, del cantonalismo y otros fenómenos que parecían superados y que refuerzan las tendencias centrífugas y disgregadoras del Estado y de la sociedad.

Una situación política inestable

El triunfo electoral felipista, posibilitado por la utilización de la «estrategia del miedo» y la compra del voto -lo cual explica que disminuyese la abstención-, ha supuesto, en realidad, una victoria -si bien muy precaria- de la oligarquía. Sobre todo, por cuanto le permite seguir legitimando al régimen y justificar en nombre de la voluntad popular la imposición de sus planes de 'ajuste', sus medidas represivas y su política imperialista. En las últimas elecciones, los falsarios del régimen han interpretado su tragicomedia con una vileza inusitada, en especial los felipistas, han superado el listón de la demagogia, han batido sus propios récords

de falseamiento y mentira. Durante la campaña electoral todos los medios de propaganda del Estado han cerrado filas junto a sus partidos contra 'el voto de castigo', contra el temido boicot, han orquestado el asalto a la conciencia de los 'indecisos' para vencer la resistencia y conseguir su objetivo común de legitimar el régimen. Esta era una cuestión de Estado, un principio invulnerable para todos sus Partidos. De ahí que el PP se haya debatido en la contradicción de que para ganar las elecciones necesitaba airear todos los desmanes del felipismo, pero si lo hacía estaba favoreciendo la deslegitimación del propio régimen.

La conciencia mayoritaria de izquierdas, a pesar de ser constantemente desorientada y manipulada, es un hecho indiscutible del que se deriva que el PP se enfrente a un techo infranqueable y que el PSOE base todos sus esfuerzos en pulsar la sensibilidad de izquierdas de la mayoría, proponiéndose a sí mismo como mal menor ante el terror de la derecha. Esta ha sido la motivación fundamental de los resultados electorales, reflejada en palabras del propio Aznar: *«No hemos perdido, pero los socialistas han vuelto a ganar, ha votado el miedo»*. Patética declaración porque el «miedo» lo producen ellos mismos. Aznar intentó combatir este factor presentándose como 'centrista y progresista', pero la demagógica utilización por el PSOE del espantajo de la derecha ha vencido su pretendido y no menos demagógico progresismo.

Es curioso, pero en el llamado «arco parlamentario» (y fuera de él prácticamente tampoco) no existe ningún partido que se autodefina de derechas, aunque estén sosteniendo un Estado fascista, representando y defendiendo los intereses del capital monopolista; esto demuestra, como mínimo, que las masas en el Estado español no asumen la ideología burguesa y se enfrentan a sus planes, a pesar de que el relativamente bajo nivel de conciencia de clase permita la desorientación y confusión de sus posiciones políticas.

El objetivo prioritario del Estado era legitimarse con el fin de encubrir su dictadura terrorista sobre el pueblo, esto les ha llevado a calificar las elecciones del 6J como «las más importantes de la democracia española». De ahí que no sólo hayan explotado hasta el extremo el espantajo de la derecha con el silencio cómplice del PP (hasta cierto punto inexplicable porque esto les ha hecho perder las elecciones), sino que hayan hecho pringarse a los 'estómagos agradecidos' de intelectuales, jueces, cantantes, actores, actrices, humoristas y se hayan servido de toda la parafernalia de que disponían para vencer la resistencia de los «indecisos». En cualquier caso, los votos obtenidos por los felipistas no son ya los de las expectativas del cambio del 82, son votos a regañadientes, 'prendidos con alfileres', votos que no han permitido a González constituir el Gobierno estable que desea para aumentar la explotación y opresión sobre la clase obrera y otras capas populares. Los primeros lances políticos que han tenido lugar inmediatamente después de las elecciones no han hecho sino confirmar lo que decimos: el intento de Felipe González de abrazar a Pujol y a Arzallus, de comprometerlos más de lo que ya están en la gestión de la crisis, se ha saldado con un fracaso clamoroso, y eso pese a los tentadores ofrecimientos que les han hecho en Madrid. No obstante, este intento fallido de formar un Gobierno de coalición no ha de suponer, natural-

mente, un impedimento para la formación de un frente común en la lucha contra el proletariado y otros sectores explotados y oprimidos de la población. En este terreno, toda la burguesía y sus partidos políticos siempre se han mostrado de acuerdo, de manera que no hay que descartar algún tipo de colaboración ministerial en el futuro para llevar a cabo esta importantísima parte del programa del «cambio del cambio» o del recambio que ha prometido González durante la campaña electoral. Todo lo demás resulta mucho más problemático. Es muy sintomático que hasta el mismo Bobón se haya visto obligado a hacer un llamamiento a «aunar esfuerzos y buscar compromisos» y que incluso el PP, ese lobo feroz que presentaba Felipe, se muestre ahora dispuesto a echarle una manita a él y a sus renovadores para ayudarles a sacar al Estado capitalista de la crisis.

Esa colaboración a la que todos apelan tiene ahora mismo un nombre: es el llamado «pacto social» mediante el cual tratarán de imponer a los trabajadores un régimen de trabajos forzados, de hambre y de terror, esgrimiendo, precisamente, la legitimidad que nuevamente les ha concedido el voto de la «izquierda». Claro que para eso han tenido que desplazar de los puestos claves del partido del gobierno a aquéllos que podían estorbar sus planes con exigencias de tipo presupuestario, tan necesarias para mantener la clientela y que no se les venga abajo el chiringuito. Esta es, en realidad, la única diferencia que enfrenta a solchaguistas y guerristas, todos ellos, por demás, fervientes partidarios de Felipe. Por este motivo, se puede asegurar, la sangre no llegará al río. Que Felipe González se haya decidido al fin, presionado por la banca y la gran patronal, a arrojar por la borda a significados compañeros de viaje que hasta ahora tan bien le habían servido, no tiene, al menos para nosotros, nada de extraño. Con ello no ha hecho otra cosa sino volver a las andadas. Se ha mostrado, una vez más, fiel a sí mismo y a los más poderosos, lo cual, dada su trayectoria, era más que previsible que ocurriera. Mucho se le está reprochando este comportamiento, pero en realidad, esa tripa llena de aire ya no puede engañar más que a quienes tienen interés en seguir engañados.

En cuanto a los sindicatos oficialistas, ¿qué se puede decir que no hayamos repetido decenas de veces? ¿se atreverán a poner en tela de juicio esa ‘legitimidad’ arrancada con el chantaje, la imposición y el abuso de los medios de propaganda del capital? ¿Se decidirán a desafiar a los poderes del Estado capitalista y a enfrentar la nueva arremetida contra los más elementales derechos de los trabajadores convocándoles a la lucha? Harán lo que ya tienen ordenado hacer desde sus direcciones corrompidas hasta la médula; es decir, aplicar la nueva y delirante idea sobre la vieja corresponsabilidad obrera ante la crisis. Ahora resulta que el obrero tiene que ser ‘solidario’ con el que menos gana o con el que está en paro, y la forma de ser ‘solidario’ es estar dispuesto a que le reduzcan el salario y admitir que la empresa le despida cuando le venga en gana, tragar con la más absoluta precarización del empleo. Es decir, que los obreros tienen que ser solidarios con sus explotadores, condenándose ellos mismos a cobrar menos por su trabajo o engrosar las filas del paro. Es lo mismo de siempre, pero con la ‘fachatez’ (como decía un camarada) de apropiarse el término solidaridad para convertirlo en su contrario. Esto no les va a procurar otra cosa sino un mayor descrédito y aisla-

miento respecto a las masas, lo que inevitablemente se traducirá en un nuevo auge del movimiento sindical independiente.

Como hemos visto, el adelantamiento de las elecciones, con el que pensaban capear el temporal, no les ha resuelto nada. Al no haber conseguido el PSOE la mayoría absoluta, como era previsible, y tener que estar supeditado a los pactos y concesiones a otras fuerzas políticas (a lo que habría que añadir su propia crisis interna), la inestabilidad gubernamental va a ser crónica y los problemas siguen ahí cada vez más agravados.

Este agravamiento de la situación no es del todo ajeno a la crisis internacional y a la profundización de la recesión económica que afecta, en mayor o menor medida, a todos los países. Pero en España, como ya hemos comprobado, la crisis tiene sus propias raíces y particularidades. La permanencia del régimen fascista y la aplicación intensiva de la política económica monetarista durante la última década no han hecho sino socavar aún más los ya de por sí débiles cimientos sobre los que se asienta el capitalismo español. ¿Cómo salir de esta catastrófica situación? Desde luego, no va a ser con una segunda edición del monetarismo mezclado con algunas dosis de las recetas keynesianas, y menos aún con el reformismo ramplón que preconizan los Anguita y compañía, como van a poder salir del agujero negro en el que se encuentran metidos y ponerse en condiciones de competir en la jungla del mercado mundial. Y como de todas formas la oligarquía no se resigna a una disminución de sus ganancias ni dará su brazo a torcer, intentará por todos los medios salir de la crisis cargando una vez más todas las consecuencias de la misma sobre las espaldas de los trabajadores. En este punto, tanto la derecha más derechona, la derecha 'moderada', como la 'izquierda' domesticada y servil se muestran de acuerdo. No hay más que reparar en los 'programa' y eslógans que unos y otros han exhibido en la mascarada electoral y en los chanchullos que se traen ahora entre manos, para darse cuenta que, tanto en la forma como en el contenido, ninguno de los partidos institucionales se propone otra cosa sino sacar como sea al régimen de la crisis, ponerlo a salvo del desastre y la ruina que le amenaza y evitar a toda costa que se produzca la revolución. Este es el fin que persigue la denominada «política de Estado» que dictan los monopolios, a la cual están todos esos partidos supeditados, y claro está que nada ni nadie los va a hacer cambiar. De manera que, pese a todas las zancadillas, las puñaladas, el chalaneo y la intensificación del juego sucio entre ellos, no hay que descartar que, ante la debilidad del gobierno que se forme, se pongan todos de acuerdo para formar un nuevo gobierno de 'salvación' que les permita mantener en pie por algún tiempo el tinglado. Pero aun así, y con las fuerzas de todos ellos, ese gobierno u otro semejante será un gobierno débil que no podrá impedir el desarrollo del movimiento revolucionario ni el agravamiento cada vez mayor de las contradicciones y luchas de intereses dentro de la clase dominante, en particular la contradicción que enfrenta a la oligarquía centralista con las burguesías de las nacionalidades oprimidas.

¿Qué deberá hacer el Partido ante esta nueva situación? ¿Cuál es su tarea principal o prioritaria? Hemos de dedicar la mayor parte de nuestros esfuerzos a

organizar la resistencia obrera y popular. Esta es una consigna que está adquiriendo mayor consistencia con cada día que pasa, y no sólo en nuestro país. Los obreros avanzados y otros muchos luchadores y demócratas van comprendiéndola cada vez mejor en todo su significado. Por nuestra parte ya la hemos difundido y explicado en numerosos escritos. Por este motivo tan sólo voy a señalar aquí tres cuestiones relacionadas con ella que revisten particular interés para nosotros en este momento:

La primera se refiere a la lucha política, a la necesidad de organizar y encabezar entre las masas obreras y otros sectores populares el más amplio boicot al régimen y a todos los partidos estatales. Esta es una tarea que no debe quedar limitada a los periodos electoreros o de mayor efervescencia política, sino que ha de ser permanente, al igual que lo son la explotación, los crímenes y los abusos del capital. Que se sientan solos y aislados cometiendo sus fechorías, que no encuentren en ninguna parte la 'colaboración' y la 'comprensión' que reclaman. Debemos hacer todo lo que podamos para movilizar audazmente a los trabajadores y para llegar a acuerdos con otros partidos, grupos y colectivos democráticos, antifascistas y patriotas a fin de acabar de arrinconar a los estafadores, ladrones y torturadores, a los progenitores y padrinos del GAL, e impedir que puedan presentarse de nuevo con un respaldo y una legitimidad 'democrática' que no tienen ni nunca han tenido. Al mismo tiempo que llevamos a cabo el boicot debemos seguir organizando y extendiendo a todas partes y sectores populares la resistencia activa y la desobediencia civil: el sabotaje, los secuestros de directivos, de empresarios y funcionarios, la negativa a pagar impuestos, etc.

La segunda cuestión a destacar está relacionada con la lucha armada de resistencia y la organización militar guerrillera. El Partido debe continuar apoyando la lucha armada sin escatimar ningún esfuerzo ni sacrificio, tal como lo ha venido haciendo durante más de diecisiete años, dado que, como ya está sobradamente demostrado, sin este tipo de lucha no hay lugar hoy día ni para el partido revolucionario ni para ningún movimiento popular consecuentemente democrático. Eso por no extenderme en consideraciones acerca de las posibilidades 'legales' y de 'tránsito pacífico y parlamentario' que nos ofrece el Estado policiaco. Pero con proclamar y dejar bien sentadas y claras estas verdades no basta. De manera particular, hemos de conseguir que se incorpore a la guerrilla un número creciente de jóvenes combatientes y de todos aquellos hombres y mujeres que no están dispuestos a dejarse pisar y quieren batirse por la libertad, la dignidad y una vida mejor para todos los trabajadores aun al precio de derramar su propia sangre. La gesta de los «grupos», el ejemplo de entrega y heroísmo que han dado sus componentes durante tantos años consecutivos, es algo que ya nadie podrá borrar de la memoria colectiva de nuestro pueblo. Ni podrá ser manchado tampoco por la baba negra y amarilla de los mercenarios de la pluma y demás bocazas de los medios, y es que casi dieciocho años de combate y enfrentamiento prácticamente ininterrumpido contra la monstruosa maquinaria del 'todopoderoso' Estado fascista español es, ciertamente, un balance esperanzador, una pesadilla capaz de quitar el sueño al facha más pintado y que dice mucho, además, sobre el potencial

y las posibilidades de desarrollo que encierra la guerrilla popular en esta nueva etapa que ahora se inicia.

La tercera cuestión importante en que se centra nuestra atención en estos momentos está relacionada con la actividad y el fortalecimiento del Partido. Pero dada la importancia de este tema, y a fin de no distraer la atención del análisis de la situación general que ya hemos esbozado, volveremos más adelante sobre ello con más detenimiento.

Es claro a todas luces que ante la perspectiva de un mayor agravamiento de la crisis económica, política y social, el nuevo gobierno no va a poder enfrentar, como los anteriores gobiernos felipistas, la lucha de resistencia que les venimos oponiendo. Por ello no habría que descartar la posibilidad de arrancarle algunas reivindicaciones políticas que favorezcan al movimiento obrero y popular. No estoy aludiendo a la posibilidad de una negociación ni de nada parecido, pues, como ya hemos explicado otras veces, y la experiencia ha corroborado, ningún gobierno se avendrá a negociar realmente con las fuerzas revolucionarias ni nosotros tenemos absolutamente nada que negociar. No obstante, estamos dispuestos a considerar seriamente cualquier iniciativa que puedan tomar las instancias oficiales, tendente a 'rebajar la tensión' y a solucionar algunos problemas pendientes. Ni que decir tiene que esta actitud abierta, flexible, del Partido no podría ser mantenida ni un solo momento si no la basamos en una posición de firmeza y de total apoyo a la lucha revolucionaria de las masas y de las organizaciones armadas patriotas y antifascistas. En este punto, nuestra posición ya la hemos explicado muchas veces y no creemos que sea necesario hacerlo de nuevo.

Hay que evitar suscitar falsas ilusiones y que el enemigo de clase pueda emplear esa posición para confundir a las masas y atribuirnos dudas, divisiones o una 'debilidad' que en modo alguno padecemos. En cualquier caso nosotros no haremos jamás concesiones de principio y lucharemos hasta alcanzar todos nuestros objetivos y aspiraciones.

El fiasco europeo

Ciertamente, y a ello se remiten muy a menudo los felipistas y otros mangantes y granujas como ellos, el problema de la atomización política y social que les amenaza no es exclusivo de España, pues afecta en mayor o en menor medida o grado de intensidad a casi todos los países del mundo. Esta es una enfermedad de nuestro tiempo, de la época de la decadencia del capitalismo. Sin embargo, no por eso van a poder sudar otros nuestras propias calenturas. Eso es, precisamente, lo que la oligarquía española ha pretendido en los últimos tiempos con sus intentos de integración en Europa, tanto más insistentes desde el momento en que, una vez iniciada la nueva fase de la crisis general del capitalismo y la consiguiente aceleración de los planes para la formación de distintos bloques de intereses imperialistas, llegaron al con vencimiento de que no les quedaba «otra salida».

Espoleados por la agravación de la crisis, así como por la incidencia sobre la misma de una serie de nuevos factores tales como el cambio tecnológico y el

incremento del desempleo, en la última década el capitalismo monopolista ha impulsado la estrategia neoliberal, la cual tenía como principal objetivo sanear y reestructurar la economía como paso previo para un nuevo y largo período de expansión. Pero como ya es sabido, dicha estrategia ha reportado resultados contrarios a los que con ella se esperaban, terminando por agravar aún más la crisis económica y social de todos los países capitalistas, y en particular la que vienen padeciendo sus dos principales patrocinadores (EEUU e Inglaterra). Con ello se ha dado paso a un cambio en la correlación de fuerzas económicas entre los Estados y grupos monopolistas ya que aparecieran varios centros de poder. Este hecho, unido a la desaparición de la URSS, ha creado las condiciones favorables para que se vayan agravando las contradicciones entre ellos ya que, como consecuencia, al igual que en otras épocas, hayan aparecido de nuevo las condiciones que conducen a la guerra imperialista.

Es en este marco general donde se debe situar la aspiración de la oligarquía española a la plena integración con los poderes Económicos, políticos y militares europeos, para formar parte de una «gran superpotencia» imperialista. Por lo demás, éste es un viejo sueño de la clase dominante española, por cuanto de esta manera, además de participar en la rapiña y la opresión de otros pueblos y naciones, quedaría conjurado para siempre -según creen- el peligro de revolución en España. A este proyecto, largamente acariciado, habría de ser sacrificado todo lo que no fueran sus propios intereses: la agricultura, la industria, el comercio... hasta la apariencia de soberanía que aún mantiene este país debía ser puesta en la ruleta. Ya se sabe, la burguesía financiera no tiene patria, ni dios, ni amigos. Carece de ideales y de sentimientos por más que finjan tenerlos algunas veces. Sólo sabe de dineros e intereses. Claro que, por lo mismo, cuando se le presenta la ocasión no duda en explotar el patrioterismo, el catolicismo ultramontano y las más rancias tradiciones con tal de mantener sometidos a los pueblos. ¿Acaso no fueron estos mismos cosmopolitas de hoy los que en nombre del «nacionalismo» y de la fe sembraron la destrucción y la muerte durante tantos años en España?

Estaban tan convencidos de poder llegar a su meta que no sólo lo han sacrificado todo a ese fin «europeísta», sino que se lanzaron a celebrar por todo lo alto su entrada triunfal en la nueva era postmoderna: Olimpíadas, Expo, AVE y descubrimiento de América con otros eventos menores y algún tebeo. Al fondo, en una zona de sombras, aparecía tirado en el suelo el cadáver del «terrorismo». Verdaderamente, las maravillas que se fabrican en Hollywood se quedan cortas ante tan gloriosa ficción. Resultaba apabullante. Pero más dura les está resultando la caída.

Todavía no se habían apagado los últimos ecos de la fanfarria cuando comenzaron a sonar por todas partes las señales de alarma. Del crac bursátil, del fracaso de Maastricht, el desbarajuste monetario y las sucesivas devaluaciones de la peseta, con sus secuelas de escandalosas bancarrotas financieras y políticas, ya hemos hablado bastante en RESISTENCIA. La cuestión es que, a través de todo este barullo, se fue abriendo paso poco a poco una clara evidencia: «Europa no nos quiere». Las diferencias sociales, económicas, políticas, culturales, etc., que nos separan desaconsejaban todo ímpetu. Pero no se desanimaron. Su «destino» en lo

«universal» pasaba por Europa. Era la última oportunidad, después de la que les fuera ofrecida por Hitler, de figurar en el club de los más ricos, guapos y poderosos. En el peor de los casos -ahora lo reconocen abiertamente-, la imposible empresa sería un acicate para estimular el espíritu de competencia, el individualismo, la insolidaridad, el ansia de lucro y todo lo que conforma el programa de «progreso» y «modernidad» que ha estado vendiendo sin ningún pudor, durante años, la banda felipista.

¿Qué podían buscar los representantes de la oligarquía española en su unión con la Europa rica y poderosa sino dinero, créditos baratos, inversiones, tecnología de punta y protección? Como ya advirtiera en su día algún reticente europeísta, la Europa de los mercaderes, que es todo lo que ha resultado de tanto tira y afloja, no les interesa, ya que esa Europa sólo desventajas y ruina les reporta. La manifiesta incapacidad de la economía española para competir, para hacerse un lugar en el gran mercado, sólo podía ser compensada con los famosos fondos de cohesión y otras ayuditas que ahora tendrán que extraer de las espaldas, costillas y estómagos de los trabajadores.

Europa «no nos quiere», esto es muy cierto, a no ser para hacer de gendarmes de las fronteras comunitarias y para utilizar a los jóvenes españoles como carne de cañón, lo cual no le impide vaciamos los bolsillos y estrujamos hasta la última gota de sangre. ¿Quiénes son los responsables? Además, ahora, los españolitos de siempre vamos a tener que pagar los gastos de la juerga de los señoritos y aun cargar con los trastos rotos. Y no sólo eso: también vamos a tener que cubrir los «agujeros negros» que han ocasionado a las arcas públicas las estafas monumentales realizadas por conocidos personajes vinculados al partido del Gobierno que, para mayor escarnio, todavía continúan «ejerciendo».

Estos truhanes habían decidido jugarse a una sola carta el pan, el trabajo, la salud y el futuro de la inmensa mayoría de los españoles. Han hecho profesión de fe europeísta, lo mismo que en otra época lo hicieron del patrioterismo fascista porque, dada la tendencia a la concentración e internacionalización inherente al capitalismo -más acelerada en su fase actual monopolista-, habían calculado que sus intereses serían mejor defendidos con su integración en el «bloque» europeo, en la nueva «gran potencia» que ellos habían imaginado. No querían ni quieren quedarse fuera, en la periferia. Desean estar en la «primera división». Han proclamado tantas veces sus delirios de grandeza, sus pretensiones imperialistas, y aún hoy insisten tanto en ellas, que no han dudado incluso en resucitar las viejas glorias de la Legión para lograrlo. Recientemente todos hemos podido oír a connotados «socialistas» y «demócratas» de toda la vida entonar a coro con los milicos el himno de la muerte sin que a ninguno de ellos se les cayera la cara de vergüenza. Después de integrar a nuestro país en la OTAN, de la guerra sucia contra las organizaciones democrático-revolucionarias y de las promesas incumplidas, como la de los 800.000 puestos de trabajo, ésta ha sido su última gran infamia. Pero lo más repugnante no es que ellos se hayan metido hasta las cejas en el pantano, sino que estén tratando de inculcar a los trabajadores su mismo espíritu servil, su misma bajeza y embrutecimiento, procurando que éstos les secunden y se identifiquen,

como la cosa más natural del mundo, con los intereses de la oligarquía financiera y la banda de pistoleros y torturadores que les presta sus servicios.

Como ya hemos explicado otras veces, la tendencia a la concentración e internacionalización del capital es una ley objetiva del capitalismo. Por influjo de dicha ley se formó, hacia finales del siglo XIX el capitalismo financiero que hoy domina las relaciones económicas capitalistas; los grupos monopolistas de los distintos países y el denominado capital «transnacional» o «multinacional» son también resultado de esa tendencia. No obstante, hay que tener en cuenta que dicha internacionalización no elimina las contradicciones y la lucha entre los Estados capitalistas, sino que, por el contrario, las agrava todavía más, haciendo que la lucha entre ellos sea más enconada y que se extienda a todo el planeta. Por este motivo se puede afirmar que tan real u objetiva como la tendencia a la concentración y la cooperación es la ley contraria, o sea, la tendencia a la desintegración y el enfrentamiento, siendo ésta la que, llegado un momento, se impone como aspecto o tendencia principal. Esto es así por la misma naturaleza del modo capitalista de producción, basado en la propiedad privada sobre los medios de producción. Por este mismo motivo, tal como demostró Lenin, es imposible la formación de una suerte de «ultraimperialismo» capaz de poner fin a las contradicciones y conflictos que genera el sistema y que están en la base misma de su existencia. Y esto es válido tanto para la pretensión norteamericana de dominar el mundo, de erigirse en amo y gendarme internacional y de moldear a la sociedad con arreglo a sus patrones o intereses, como para esa otra «superpotencia» europea que, como ya está sobradamente comprobado, sólo podría ser «alemana».

Bajo el capitalismo sólo son posibles bloques y alianzas limitadas a unos cuantos Estados para llevar a cabo la lucha frente a otros bloques o alianzas por el reparto de mercados, fuentes de materias primas y esferas de influencia. Es lo que está sucediendo actualmente con la formación de tres grandes bloques, aún no claramente delimitados, cuyo fin no puede ser otro que la lucha por el reparto territorial del mundo. De estas alianzas están excluidos los débiles. Estos, en el mejor de los casos, podrán desempeñar el papel de subalternos, pero en general su destino no es otro que el de ser despedazados y engullidos por los grandes tiburones. Son los que la historia ha designado para ser los seguros perdedores. Y entre estos últimos se encuentra el Estado español. ¿Justifica acaso este destino el «esfuerzo» realizado por la oligarquía española y sus criados socialfascistas para situarse entre los «ganadores»? ¿O ha sido, precisamente, esa política de «integración» en Europa la que nos ha colocado en posición de ser aniquilados y servir de pasto de las fieras y aves de rapiña imperialistas? Según los felipistas y otros como ellos, en España no había ni hay ninguna otra alternativa distinta a la de la gran burguesía monopolista que ellos han preconizado y puesto en práctica bajo la coartada «socialista» y «democrática». Y qué duda cabe que no encontraríamos otra si renegáramos del marxismo, si nos dejáramos atar las manos, entregáramos nuestro derecho de primogenitura a cambio del famoso plato de lentejas y contribuyéramos a convertir el Partido en un apéndice de la política burguesa más reaccionaria y proimperialista. Porque ya ni tan siquiera son ni pueden aspirar a ser refor-

mistas, socialdemócratas o eurooportunistas. Es tal la crisis que padece el régimen que ya no les queda «espacio» ni tan siquiera para las reformas. De ahí que hayan asumido todos, muy «responsablemente», su miserable papel de lacayos de librea, apareciendo a la vista de todo el mundo sin apenas ningún camuflaje.

Esta crisis del régimen y el atolladero en que se halla metido el sistema no tiene más salida que la revolución socialista. Esta, que parece una afirmación ya manida y un tanto «pasada de moda», no es sino el resultado lógico o natural, históricamente necesario e inevitable, de toda la evolución que ha seguido la sociedad burguesa desde sus orígenes hasta nuestros días; lo que en la situación concreta de España, debido a las particularidades que ha seguido su desarrollo, se manifiesta de forma mucho más nítida que en ningún otro país de Europa occidental.

Llegamos tarde y mal equipados a la era industrial sin haber, resuelto los grandes problemas políticos, administrativos y culturales que los otros Estados ya habían resuelto con bastante antelación. Y esos problemas (la débil estructura económica y tecnológica, la cuestión nacional, la posición de España en Europa y ante el resto del mundo) aún siguen sin resolver. Esto es consecuencia de haberse frustrado, al menos en dos ocasiones, la revolución democrática que debía habernos librado de ellos y de esa casta oligárquica que es la causa de todos los males que ha padecido, padece y aún habrá de padecer España.

La desintegración del Estado y el nuevo auge del movimiento revolucionarlo

Con el mito de la integración en Europa han caído también por los suelos las esperanzas de la oligarquía española de una pronta recuperación económica, así como la de mantener bajo su dominación el conjunto de naciones y territorios que conforman el Estado. Alguien ha señalado ya este peligro, advirtiendo sobre la amenaza de «ruptura del mercado» que supone. Y no anda muy mal encaminado. Esfumadas las perspectivas de unidad política y abiertas de par en par las fronteras a la penetración del capital y las mercancías exportadas por los grupos monopolistas más fuertes de Europa, ¿cuánto tiempo puede tardar en que se deshagan los ya de por sí débiles lazos que unen a cada burguesía nacional, y aún local, con la burocracia de Madrid? De este modo, el mercado español no sólo se va a quedar inerme, sino que se verá reducido, probablemente, a lo que sus «socios» comunitarios tengan a bien concederles por interés político. Así que, si la «unidad de la patria» se fue haciendo cada vez más problemática a medida que se acercaba ese gran momento del encuentro con Europa, ahora, una vez que la tan ansiada unidad ha sido descartada por la fuerza misma de los hechos, las tendencias centrífugas y disgregadoras son ya irrefrenables, quedando muy poco margen para evitar el conflicto. A ello ha contribuido también el debilitamiento de los lazos entre las diversas burguesías y de la misma identidad estatal ante lo que aparecía en el horizonte como una unidad más amplia, más plurinacional y más segura. Sólo así se explica

que la oligarquía española celebrase la desintegración de la Unión Soviética y que luego haya incluso participado en la desmembración y reparto de lo que fuera la Federación Yugoslava y se alineara en todos los terrenos contra Serbia. Ahora bien, lo que la banda felipista parece ignorar , y con esta banda despreciable toda la cohorte de bufones de su majestad, el necio rey Juanito, es que también a ellos la historia les tiene reservado un destino parecido, pues no anda lejano el día en que se verán tratados de la misma manera por unos esbirros que recibirán su sueldo, en dólares o en marcos, de las mismas manos de las que lo reciben ahora ellos por su magnífica colaboración en el reparto que está teniendo lugar en los Balcanes, en Oriente Medio y en otras zonas del planeta.

La recesión que ya ha hecho estragos en la débil estructura industrial y financiera de la economía española y la entrada en vigor del mercado único, que no puede sino agravar aún más la ya de por sí precaria situación de las empresas, acentuarán cada día más las contradicciones dentro de los grupos monopolistas y la contradicción que enfrenta al Estado español con los otros Estados capitalistas. En estas circunstancias, y en medio de la crisis mundial, nuestro país está abocado a convertirse, como en otras épocas, en un área de disputas entre los bloques y las grandes potencias imperialistas. Esto la oligarquía española no lo puede evitar, pues rebasa con mucho su propia fuerza y capacidad. Sólo la revolución socialista podrá evitarlo. Pero la revolución plantea sus propias exigencias, las mismas que han sido recogidas en el programa del Partido que hemos presentado a la consideración de todos los camaradas. Por este motivo no me voy a detener aquí en ellas, como, en general, en otras muchas cuestiones de la táctica o la línea política que también han sido recogidas en ese mismo documento.

En lo que respecta a la situación de la clase obrera y de otros sectores populares que dependen de un salario o de la «ayuda» del Estado para poder sobrevivir malamente, la gravedad ha alcanzado tales extremos que se puede afirmar que ha sobrepasado ya todos los límites. Esta es la causa principal del descontento, del odio acumulado y de la ira que se expresa todos los días de múltiples formas en pueblos y ciudades, en la calle, en las escuelas y centros de trabajo. La situación en España se ha vuelto realmente explosiva. Si a esto añadimos lo que ya ha sido señalado, es decir, el descrédito de los partidos y sindicatos y demás instrumentos represivos del régimen; si además no perdemos de vista esa importante fisura que se está abriendo dentro de la misma clase dominante y que amenaza con romper en mil pedazos el delicado entramado institucional de la monarquía tan laboriosamente «atado y bien atado»; si a todo esto añadimos la situación internacional y las repercusiones que ya está teniendo en España; si tomamos todos esos factores en consideración y ponemos también en la balanza la organización, la línea política y la voluntad y decisión de lucha del Partido, comprenderemos la naturaleza de la crisis y la gran envergadura del trabajo que tenemos ante nosotros.

Nos hemos habituado a observar la crisis del régimen, en ella hemos incidido muchas veces con nuestra actividad revolucionaria y a ella nos hemos referido en repetidas ocasiones, definiéndola como «crisis revolucionaria». No obstante, se podría argumentar que nada de lo que ha sucedido en los últimos años en España

tiene que ver con una situación semejante. ¿Nos hemos equivocado, eran justas nuestras apreciaciones, o tan sólo eran el producto de una «mente calenturienta» y, en el mejor de los casos, sólo expresaban «un buen deseo»? Es cierto que en esto de las valoraciones y las definiciones hay que tener buen cuidado, porque puede suceder, como en la fábula del pastor y el lobo, que de tanto anunciar lo que se teme o lo que se desea que venga al final nadie cree que ande rondando o esté realmente cerca.

Cuando anunciamos la crisis revolucionaria en 1974-75 no nos equivocamos ni exageramos la nota lo más mínimo. La crisis estaba presente y reventó por donde tenía que hacerlo, dado el conjunto de circunstancias que concurrían en aquel momento. Más tarde seguimos hablando de la crisis un poco por inercia, pero la crisis estaba ahí también presente, como se demostró con la caída del gobierno de Suárez y la intentona golpista del 23-F. Después de esta asonada y tras el triunfo del felipismo dijimos que la crisis continuaba, pero que su estallido había sido aplazado por los famosos diez millones de votos que con mil trampas y engaños lograron arrancar a los trabajadores. Esta tesis también se ha confirmado.

¿En qué nos basamos para hablar de crisis revolucionaria y no, como hacen otros, de una simple crisis de gobierno, por ejemplo? En que una crisis de gobierno no pone en cuestión los cimientos y la estructura misma del Estado, mientras que las crisis revolucionarias lo son, precisamente, porque amenazan con ponerlo todo patas arriba sin respetar nada: ni propiedad, ni altar, ni trono. Una crisis revolucionaria lo es también porque no puede ser controlada por la clase que detenta el poder y, consiguientemente, no puede prever sus resultados. Su inseguridad aumenta en la medida que pierde los estribos y el caballo de la revolución se desboca y marcha, por así decir, libre de toda traba o condicionamiento político o institucional. Sin embargo, debemos aclarar que una situación revolucionaria, o de crisis revolucionaria como la que acabamos de describir, no presupone necesariamente el triunfo de la revolución. Para eso se tienen que dar otras condiciones, especialmente una predisposición en las masas a la lucha hasta el final y la existencia de una vanguardia organizada con la suficiente experiencia y capaz de conducirlas a la lucha por el poder. Ninguna de estas condiciones se daban en los anteriores períodos o fases por las que ha atravesado la crisis del régimen. Esto explica la relativa facilidad con que pudieron controlar la situación y restablecer el «orden», mientras los comunistas éramos conducidos a la cárcel. Las masas no nos han seguido, ciertamente, pero es que nosotros tampoco estábamos preparados para conducirlas ni nos proponíamos hacerlo más allá de cierto límite; ante todo perseguíamos inculcar en ellas el espíritu de resistencia y de oposición más radical al reformismo e ir ganando al mismo tiempo posiciones, atrayendo al Partido al sector más resuelto y esclarecido de la clase obrera. De otra manera, sin lograr estos dos objetivos, no se podía pensar seriamente en dirigir los futuros combates que estábamos convencidos se habrían de librar , y menos aún hacer la revolución.

Hoy la situación es muy distinta a la que nos encontramos hace diez, quince o veinte años. La crisis del régimen se ha agravado de forma extraordinaria, haciéndose irreversible. No nos encontramos ante el comienzo de un proceso de reforma,

una perspectiva de expansión económica y unos partidos burgueses prácticamente «vírgenes», como a comienzos de la década del 80, sino al final de dicho proceso, cuando ya han agotado el «carrete» de la reforma, los partidos aparecen completamente prostituidos, ante un horizonte económico más que sombrío y un panorama internacional amenazante por los cuatro costados.

En lo que respecta al nivel de lucha y de conciencia política de las masas, el cambio de la situación no ha sido menor. Basta con reparar en las cifras de horas perdidas por huelgas en los dos últimos años, así como en la radicalización y la virulencia de las luchas en la calle, y compararlas con las de los otros países industrializados e incluso con las de nuestro propio país durante la década de la «infamia», para darse cuenta de ello. Es verdad que las masas aún no han llegado al grado de «desesperación» que hace falta para que se lancen «a por todas», pero llegarán más pronto de lo que generalmente se piensa, podemos estar seguros.

Por último tenemos el Partido (y la guerrilla, porque no es posible separarlos cuando se hace, como lo estamos haciendo nosotros ahora, una valoración de la situación y del estado de las fuerzas revolucionarias). ¿Qué decir sobre este particular que no hayamos dicho ya? Que somos unos pocos más de los que éramos (ahora nos cuentan por decenas, lo cual denota un cambio significativo en la apreciación que de nuestra fuerza hace el enemigo), que estamos aquí, como quien dice más frescos y enteritos que nunca, más maduros desde el punto de vista político e ideológico (también en el otro sentido, hay que reconocerlo), mucho más identificados y reconocidos por las masas y, en fin, más dispuestos que nunca para proseguir el combate. Lo cierto es que tenemos motivos para sentirnos orgullosos y relativamente satisfechos, pues, aunque con muchos esfuerzos y superando enormes dificultades, hemos ido dando cumplimiento a las tareas que nos habíamos propuesto para poder proseguir avanzando.

Se sobreentiende que éste es un mérito que no corresponde únicamente a los camaradas presentes. Por nuestra parte hemos hecho sólo lo que nos correspondía. Otros militantes, especialmente los caídos en la lucha, los torturados y asesinados y los que aún siguen presos, han hecho todo lo demás. Y es indudable que sin esa labor realizada por ellos y sin su sacrificio, su heroísmo y su entrega generosa y desinteresada a la causa, no hubiéramos podido continuar y, con toda probabilidad, hoy no nos encontraríamos reunidos aquí. Procuraremos ser dignos de esa confianza que han depositado en nosotros.

Los que nos sucedan juzgarán, en todo caso, en qué nos hemos equivocado, ya que por nuestra parte no encontramos en la actuación que hemos seguido ningún error destacable que debamos rectificar o no hayamos rectificado. Es cierto que resulta imposible que en una etapa tan larga y difícil como la que hemos atravesado no se hayan cometido errores. Y el Partido, qué duda cabe, los ha cometido (todos cometemos errores). Pero éstos siempre fueron criticados y corregidos a tiempo o cuando fue posible hacerlo. Tal ocurrió, por ejemplo, con las desviaciones «izquierdista» cuyas consecuencias tanto nos ha costado reparar. Otras veces ha sido el voluntarismo, cuando hemos querido avanzar más de lo que era posible y se ha producido algún tropiezo. No obstante, más que esos defectos o errores,

habría que destacar el espíritu de entrega y de constante superación que ha animado en todo momento a los camaradas. Esta es una prueba de que la línea general que hemos seguido ha sido esencialmente justa. Claro que no todo el mundo va a estar de acuerdo con esta consideración ni con la trayectoria que ha seguido nuestro partido. Pero desde luego lo que sí podemos asegurar es que en todo momento hemos trazado nuestra línea, hemos elaborado los planes de trabajo y hemos actuado con total y absoluta independencia y libertad, yeso no sólo con relación a la burguesía española, sino también respecto a cualquier país o poder ajeno. ¿Quiénes, qué otro partido puede asegurar lo mismo? Este es el «gran misterio» que envuelve a nuestro partido y movimiento revolucionario. Y ciertamente «da mucho para pensar» el que hayamos podido ponernos en pie y caminar enfrentados abiertamente a la maquinaria del Estado fascista español, sin contar con los «consejos» ni las «ayudas» de nadie, sino basándonos en nuestras propias fuerzas. En realidad, ha sido esa misma independencia no hipotecada por ningún condicionamiento de tipo económico, ideológico o político, lo que nos ha permitido actuar siempre en los momentos y en la forma en que lo hemos hecho y no como, seguramente, nos hubieran impuesto otros; ésta ha sido una gran ventaja que ha tenido el PCE(r) con respecto al PCE. Esta independencia hemos de preservarla a toda costa como una gran conquista de la clase obrera de nuestro país, ya que sin ella, como está suficientemente demostrado, el Partido y su línea revolucionaria no pueden existir.

II

Dos crisis paralelas

El Partido siempre ha sustentado su independencia en la defensa más intransigente de los principios marxista-leninistas frente al revisionismo y al oportunismo de toda laya. Y en ella debemos seguir persistiendo, ya que la burguesía no va a renunciar a extender su influencia ideológica entre la clase obrera para desviarla de sus objetivos históricos. De ahí que ahora, tras la bancarrota revisionista, comiencen a proliferar las teorías más peregrinas -presentadas bajo un ropaje pretendidamente marxista-, en las que se vela el antagonismo de clase que, bajo el capitalismo, enfrenta a la burguesía y al proletariado. Y esto último hay que resaltarlo, pues existe una corriente que se va abriendo paso entre la gente ‘desencantada’ (muchos de los cuales, como se sabe, nunca han sido comunistas ni nada que se le parezca), que pone en tela de juicio los fundamentos mismos de la economía de Marx, su método y su doctrina revolucionaria, apelando a un supuesto «antidogmatismo». Debo aclarar que no se trata de esa concepción ridícula propagada por los apologistas del imperialismo, que habla del «fin de la historia», del triunfo final del capitalismo y de otras tonterías por el estilo a las que ya estamos

acostumbrados y de las que hemos aprendido a burlarnos, sino de algo más sutil y peligroso, aunque sólo sea porque procede del propio campo revolucionario.

Lo más destacado de las ideas que defienden estos nuevos adalides del ultrarrevisionismo consiste en establecer una causa o raíz común para explicar el hundimiento del llamado «socialismo real» y la crisis por la que ha atravesado el movimiento comunista de todos los países, por lo que su misión consistiría en arrancarla de un solo cuajo, contraponiendo a sus vicios o pecados originales, es decir, al «dogmatismo», a la «excesiva ideologización» y al «voluntarismo», la vuelta a «las propias raíces nacionales», el análisis económico «objetivo», el gremialismo y una cierta dosis de pragmatismo. Este sería el programa, la nueva panacea o la tabla de salvación con la que poder salir de este mar de confusión en el que nos encontramos. ¡Qué pena que no lo hayamos descubierto antes!

A nosotros, este enfoque y la 'solución' nos parecen falsos y unilaterales a más no poder, por cuanto se apartan del punto de vista y la posición fundamental del marxismo-leninismo que concibe el desarrollo de la sociedad a partir de sus propias contradicciones y de la lucha de clases, y eso tanto a nivel de cada país como en el plano internacional, y no desde el escuálido economicismo y del estrecho marco de la lucha local. Precisamente en esto estriba la diferencia esencial que siempre ha separado de la manera más radical al comunismo del revisionismo oficial y demás variantes de la ideología y la política burguesa «para la clase obrera». Pero, por lo que se ve, ahora nadie quiere recordar esta diferencia, todo el mundo intenta meternos en el mismo saco y atribuirnos las mismas aberraciones y traiciones que los revisionistas han cometido. Se comprende que sólo de esta manera puedan tratar de hacer tabla rasa de la obra del marxismo y del movimiento revolucionario.

Curiosamente, todos esos 'críticos' y otros muchos fariseos que ahora se rasgan hipócritamente las vestiduras no se quieren acordar de la lucha que hemos mantenido a lo largo de más de dos décadas contra los revisionistas para defender los principios revolucionarios y refutar todas las ideas y las tesis que hacían la apología del sistema capitalista, predicaban la reconciliación y la transición pacífica y parlamentaria, al tiempo que negaban la necesidad histórica de la dictadura revolucionaria del proletariado, el papel dirigente del Partido y la misma existencia de contradicciones, de las clases y sus luchas en el socialismo. Los comunistas siempre hemos sostenido que por esa vía se iba derecho al pantano, a la claudicación, a la restauración del capitalismo, pero muy poca gente nos prestó oídos. Decían que 'atacábamos' sin fundamentos, que 'insultábamos' por el gusto de insultar. En realidad exigíamos una toma de posición clara y honrada ante lo que veíamos que estaba sucediendo y lo que preveíamos que podía suceder. Y no es que, en muchos casos, no nos comprendieran. La verdad es que tomar esa posición suponía un compromiso, particularmente en relación al movimiento revolucionario de nuestro país. Por entonces, el revisionismo había conseguido 'calar hondo' en algunos sectores de la clase obrera recién formados en España al calor del desarrollo y las jugosas ganancias de algunas empresas. Y nos quedamos solos, como unos apestados, clamando en el desierto y acusados de ser lo peor (que si «provocadores», que

si «agentes de la CIA», que si «enemigos jurados del socialismo» y, por supuesto, de la «democracia») por los mismos elementos carrillistas que estaban apuñalando por la espalda al Partido y a la causa democrática y revolucionaria. Esta traición la hemos sufrido nosotros durante muchos años. Así se puede explicar, al menos en parte, la «crisis del comunismo», la misma crisis que ya antes, en otras épocas históricas, también le había afectado. Y ha hecho falta que sobreviniera la hecatombe de los países socialistas y que mucha gente abriera los ojos, para que comenzáramos a salir de la «crisis». Pero ya estamos comprobando hacia dónde vuelven a dirigir de nuevo algunos sus miradas.

Parece como si todo lo que estamos presenciando: la desintegración del Estado y de los partidos, el derrumbe de la economía, la contrarrevolución burguesa y el abismo moral en el que se hallan sumidas las masas populares de esos países, así como la nueva situación internacional a la que han dado lugar tales acontecimientos, nada tuvieran que ver con la ideología y la política que tanto hemos combatido, o todo ello no fuera sino una 'invención' nuestra. La historia, la experiencia de esos años, ha pasado en vano para esa gente. Se niegan a reconocerla, de la misma forma que jamás reconocieron ni criticaron al revisionismo y las más de las veces colaboraron con él y fueron sus cómplices. No es, pues, nada extraño que ahora anden algunos de ellos tan extraviados, o que, en otros casos, traten de desviar la atención con la búsqueda de 'soluciones' a los problemas de hoy donde no las hubo nunca, no las hay ni las puede haber.

¿Supone esto una negativa por nuestra parte a reconocer la crisis que aún atraviesa el movimiento comunista? Nosotros jamás hemos negado la existencia de esta crisis, y de hecho fuimos los primeros y los más interesados en reconocerla. De otra forma no se explica la denuncia que siempre hemos hecho de los resultados del XX y XXII Congresos del PCUS, con los que quedó definitivamente abierta la crisis, ni los continuos esfuerzos que hemos estado haciendo, tanto en el terreno práctico como en el de la teoría, para superarla. Pero es que, además, para nosotros este fenómeno no tiene nada de fatal o misterioso y lo encuadramos dentro de las leyes que rigen la lucha de clases. Sabemos que el marxismo y el movimiento revolucionario, como todas las cosas del mundo, también se desarrollan a través de la lucha de los contrarios, de crisis y revoluciones, llevadas a cabo muchas veces en su propio seno. El marxismo ha sufrido varias crisis a lo largo de su historia, pudiéndose decir que de cada una de ellas ha salido más fortalecido. También esta vez habrá de suceder lo mismo. Quien no comprende esta verdad tan elemental no puede calificarse comunista.

Esta crisis está siendo superada, y la bancarrota del revisionismo moderno, el hundimiento de su plataforma ideológica, política, económica y militar, lo ponen claramente de manifiesto. Esta recuperación se debe, en parte, a la lucha que hemos librado los marxistas-leninistas y a la labor de organización y esclarecimiento que hemos realizado entre las masas y sus elementos más avanzados, pero también, y en mucha mayor medida, se debe a la crisis crónica que padece el sistema capitalista, para la que no existe ninguna salida.

Ciertamente, el régimen revisionista y el sistema capitalista no constituyen un mismo campo económico y social. Existen notables diferencias entre ambos, pues de lo contrario no se habría producido la lucha en la forma que hemos conocido. Estas diferencias consisten, principalmente, en las limitaciones económicas que las conquistas socialistas imponen a la expansión del capital, así como las mejoras de tipo social que aún conservaban las masas en aquellos países del llamado «socialismo real». Esto es lo que a su vez explica el interés del imperialismo y la burguesía de llevar a cabo la contrarrevolución y de arrasar con todo; interés tanto más apremiante cuanto mayor venía siendo la profundización de la crisis del propio sistema capitalista. Nosotros siempre hemos establecido una diferencia entre ese llamado «socialismo» y el sistema imperialista de la burguesía. De ahí esa aparente contradicción que creen haber descubierto algunos en el hecho de que, mientras por una parte lamentamos la pérdida de las conquistas revolucionarias y sociales de las masas de esos países, por otra proclamamos la victoria de las ideas del comunismo sobre el revisionismo y consideramos a la vez la derrota revisionista como parte de la crisis que afecta al mundo capitalista.

Es conveniente no perder de vista estas importantes matizaciones, ya que, de lo contrario, no conseguiríamos salir del 'caos' ideológico ni podríamos orientarnos a través de la compleja madeja de contradicciones y de luchas que se ha originado. No identificamos, como ya queda dicho, la crisis del revisionismo y la del imperialismo, pues ciertamente corresponden a dos tipos de sociedades con particularidades y orígenes distintos. Sin embargo, no eran tan diferentes, sobre todo en la última etapa, como para establecer una separación radical entre ellas; de manera que muy bien se puede afirmar que las crisis que padecían -y aún padecen- han transcurrido de forma paralela y se han condicionado mutuamente hasta que, por fin, al derrumbarse una de ellas, la más débil, han terminado confluyendo para dar paso a una sola gran crisis, a la crisis del sistema capitalista.

Vivimos en la época del Imperialismo y de la revolución proletaria

Hoy podemos afirmar que se ha confirmado la tesis que hemos defendido a lo largo de todos estos últimos años. Y es que, verdaderamente, no puede haber marcha atrás en la evolución de la historia. Esta es la causa profunda del fracaso final del revisionismo y de la crisis que ha provocado, lo cual era previsible que ocurriera, dado el curso que venían siguiendo los acontecimientos. Pero de ahí al restablecimiento del capitalismo, en una situación de crisis generalizada de este sistema, va mucho trecho, un trecho que no se ha podido ni se puede recorrer por más que lo intenten. Y no es que los revisionistas no le hayan facilitado las cosas a la burguesía. Pero unos y otros han chocado con unas barreras, digamos naturales, que nadie, que ninguna fuerza, ni siquiera con todos los arsenales nucleares juntos, podrá nunca romper. Estas barreras son las leyes económicas que gobiernan la vida y el desarrollo de la sociedad. Nosotros, analizando el problema desde este punto de vista, sostenemos que las condiciones objetivo-materiales para la

realización del socialismo están prácticamente dadas a nivel general. Ahora bien, los hechos han demostrado que, precisamente por esto, el problema principal que se le plantea al movimiento revolucionario no es de tipo económico, sino esencialmente ideológico y político.

Por el contrario, hay quienes desde otro punto de vista atribuyen la crisis del socialismo a la falta de condiciones económicas para su realización, argumentando que, si el socialismo ha sido derrotado o no puede avanzar, es porque aún existen posibilidades de desarrollo por la vía capitalista. Estas personas parecen ignorar que ya hace bastante tiempo que el capitalismo alcanzó la última fase de su desarrollo, la fase monopolista o imperialista, a partir de la cual comenzó su decadencia en todo el mundo. Esta es una tesis fundamental del marxismo-leninismo que caracteriza nuestra época, la cual se ha hecho más vigente en nuestros días, pues, si bien es cierto que el monopolismo no impide todo desarrollo económico, social, científico, etc., hay que tener en cuenta el carácter unilateral de dicho desarrollo, las grandes desigualdades y las nuevas contradicciones que genera en todas partes. Desde que el capitalismo entró en su fase última, monopolista, no existe posibilidad alguna de alcanzar un desarrollo que no conlleve la dependencia económica, política, tecnológica y cultural respecto a las grandes potencias y grupos financieros. Y eso en los países de un nivel de industrialización relativamente alto. ¿Qué pueden hacer el resto, la inmensa mayoría de los países y pueblos del mundo? Estos no tienen más vía para un desarrollo independiente y verdaderamente democrático que empeñarse en la revolución y la construcción del socialismo basándose en sus propias fuerzas; para ellos no existen y nunca han existido dos posibles vías de desarrollo y mucho menos una «tercera», distinta de las ya conocidas. En lo que respecta a los países socialistas es indudable que, de haber existido una vía de desarrollo distinta a la vía socialista, ésta habría obrado a favor de una rápida restauración del capitalismo y se habría implantado hace ya tiempo en aquellos países regidos por el revisionismo.

Los acontecimientos recientes de Rusia, de Polonia, de Eslovenia, de Bulgaria, etc., ilustran bastante bien lo que decimos: no hay salida a la crisis por la vía capitalista, en la marcha atrás de todo proceso histórico. Y es el intento de buscar por ahí una salida lo que ha provocado el gran desastre que estamos presenciando y los aún mayores que habremos de presenciar. Porque la burguesía nunca va a reconocerlo, y menos aún va a renunciar a sus privilegios. Este es el profundo significado del momento en que vivimos.

Lo que supone una estupidez, y más que eso, un crimen imperdonable, es creer que el socialismo, como toda verdadera revolución, puede afianzarse y avanzar sin imponer una férrea dictadura sobre la burguesía y una amplia democracia popular; que el socialismo puede triunfar sin librar una lucha permanente, y en todos los terrenos, contra las clases explotadoras y sin movilizar a las masas, sin despertar su entusiasmo, para resolver los numerosos problemas y contradicciones que se plantean; y más estúpido y criminal aún resulta pensar que la revolución pueda contar alguna vez con la ayuda o colaboración del imperialismo. Sin embargo,

como todo el mundo sabe, ésta ha sido la concepción que ha predominado en las últimas décadas en el movimiento obrero y popular, por lo que no exageramos lo más mínimo cuando aseguramos que ha sido esa «línea», y no los factores de tipo económico, ni la supuesta 'superioridad' o 'vitalidad' del sistema capitalista, la causa principal de la crisis y de todos los desastres que han sobrevenido.

Ha sido esa misma concepción revisionista, reformista, burguesa, la que, a despecho de todas las evidencias, ha continuado prevaleciendo en la URSS durante los años de la «Perestroika» y aún más recientemente. Este hecho revela también la debilidad del movimiento comunista, lo que no ha hecho sino alejar aún más a las masas del puñado de sedicentes reformadores, hasta colocar a un considerable número de trabajadores a remolque de los aventureros agentes del imperialismo, frente a cuyas iniciativas los juegos florales parlamentarios y los ejercicios escolares de «constitucionalismo» se han mostrado completamente ineficaces. La cuestión es que ahora la reacción burguesa no va a dejarse desalojar de una manera pacífica y parlamentaria de las posiciones que ha ocupado aprovechando la desorganización, la confusión y el caos que ella misma ha provocado. Tendrá que ser la lucha política de resistencia, combinada con la lucha armada, la que la desaloje.

¿Quién dijo que la Historia había terminado? Para eso tendría que acabar con la humanidad, y aun así podemos estar seguros de que ésta surgiría de nuevo. Lo mismo cabe decir de la 'muerte' del marxismo. Francamente, a mí me parece que hoy está más vivo que nunca antes. Lo que ocurre es que la burguesía necesita enterrarlo de vez en cuando para ver si de este modo se salva ella misma de la muerte segura, cuyo aliento siente cada vez más cerca. Esto es lo que demuestra la prolongada crisis rusa.

No se sabe cuánto tiempo podrá durar aún esta crisis, pero lo que sí sabemos con certeza absoluta es que, independientemente de los giros o virajes que habrá de tomar la lucha de clases en aquel país y de la repercusión que ésta pueda tener en el plano internacional, el comunismo habrá de triunfar allí, en un plazo no muy lejano. La fuerza de las leyes económicas, determinantes siempre en última instancia, acabará por realizar su obra. De esto hemos estado y seguiremos estando completamente convencidos.

No hay pues motivos para temer la lucha. Vivimos en una época revolucionaria, de transición de un modo de producción caduco a otro nuevo; una época en la que, tal como ya advirtió Lenin, son necesarias e inevitables las crisis prolongadas y los enfrentamientos armados. ¿De qué serviría lamentarse por ello? Además, no debemos perder de vista que la sociedad, cualquiera que sea su carácter, no avanza ni se desarrolla siguiendo una línea recta, sino zigzagueante.

Lo que desde luego no va a ocurrir, por más que presionen, es que Rusia se convierta en una colonia del imperialismo, en una nueva república bananera dependiente de EEUU o de la gran Alemania. Para conseguir esto, los Estados imperialistas necesitarían contar con mucha más fuerza de la que realmente poseen; haría falta, además, tener resueltos los problemas en su propia casa y los que les mantienen cada día más enfrentados entre sí. Por eso prometen al mismo tiempo

que amenazan, pero saben muy bien lo que se juegan. No ignoran que están sentados encima de un polvorín. Evidentemente resultaba mejor para todos ellos la situación de antes, cuando tenían a los revisionistas al frente de todos esos países, haciendo de muro de contención de la lucha. Pero una vez que éstos han sido desenmascarados por el propio desarrollo de los acontecimientos como unos vulgares lacayos, vendeobreros y vendepatrias, ¿qué porvenir les queda a los tiburones imperialistas y a toda su morralla y clientela? Para los pueblos que formaban la Unión Soviética, el socialismo, el internacionalismo y la unidad del Estado es una cuestión de vida o muerte; también lo es, como ya se ha demostrado, proseguir la revolución desde donde fue interrumpida para alcanzar la meta del comunismo. Sólo así podrán sortear el peligro de aniquilación y lograr todas sus aspiraciones. De cualquier otra manera, jamás conseguirán salir adelante.

Ahora resulta claro que ha sido gracias a los enormes esfuerzos y sacrificios realizados por todos los pueblos que integraron la Unión Soviética como se ha podido garantizar la paz, el progreso casi ininterrumpido y una situación internacional favorable para todos los trabajadores del mundo. Resulta igualmente claro hoy día que Stalin y los 'stalinistas', pese a sus errores, no enterraron al socialismo, sino que fueron los que, en medio de enormes dificultades, lo construyeron y lo defendieron con firmeza, erigiéndose así en el principal obstáculo que encontró la burguesía y sus agentes revisionistas en su loca carrera restauracionista; en realidad, la crítica al «culto a la personalidad» de Stalin no encubría sino el ataque más feroz al leninismo y a toda la obra de la revolución de Octubre. A la luz de todas las experiencias acumuladas, ¿no estaba más que justificada la forma que adoptó la dictadura proletaria en la época de Stalin contra las conspiraciones, los crímenes y los sabotajes organizados por el imperialismo y las fuerzas reaccionarias internas?

En los últimos años la contrarrevolución se ha presentado bajo la bandera de la democracia y los derechos humanos. Pero pronto se ha visto a dónde conduce todo eso en las condiciones del imperialismo: a la reacción más negra que jamás haya existido, a la dictadura sangrienta de los sectores más degenerados y aventureros de la sociedad, puestos, además, al servicio del capital financiero internacional. Con ello han quedado al descubierto todas las cartas. Resulta que antes la democracia y el parlamentarismo burgués eran necesarios, hasta se consideraban como una causa sagrada e inviolable. Se trataba, evidentemente, de destruir lo que restaba del poder de los trabajadores, de despojarlos completamente de sus conquistas y de someterlos de nuevo al régimen de servidumbre y a la esclavitud asalariada. Pero como eso no está resultando tan fácil como imaginaban los Jruschov, los Gorbachov, los Yeltsin y Cía, y se intensifica todos los días y en todas partes la lucha y la resistencia contra la restauración y los restauradores, tienen éstos que arrancarse la máscara y apelar a las medidas de fuerza. Para eso, claro está, la democracia ya no les sirve, ya no es tan importante ni tiene nada de santa. Puede ser violada apenas nacida.

Es la misma lógica que ha aplicado la burguesía monopolista en todos los países cuyos pueblos se resistían a ser despojados de sus derechos y libertades por

una banda de crápulas y aventureros fascistas; la misma que ha llevado a los Estados imperialistas a desencadenar dos guerras mundiales, a mantener durante décadas al mundo entero bajo la permanente amenaza de destrucción y la que hoy día les empuja de nuevo a enfrentarse. La cuestión es que la burguesía no puede dejar de comportarse de esa manera en épocas de crisis, ya que está en la naturaleza misma del capital procurar las condiciones que le permiten mantener la tasa de ganancia, aunque para ello tenga que aniquilar a más de la mitad de la población del mundo. Esta es la causa principal de todos los males, conflictos, masacres, lacras sociales e innumerables sufrimientos que padece hoy día la humanidad y no podrán terminar mientras no se acabe con el sistema que los origina.

Bien es verdad que, en relación a lo que fue la URSS y los países socialistas del Este de Europa, no todo lo que ha sucedido puede ser atribuido a la burguesía y a los factores externos, es decir, a la presión, el bloqueo y el chantaje imperialista. Enfocar esta cuestión desde ese punto de vista resultaría erróneo. Por este motivo hace falta un análisis serio, marxista-leninista, de la etapa de Stalin y del período posterior que arroje luz y aclare muchos de los problemas que aún habremos de enfrentar en el futuro. Nosotros ya hemos avanzado algunas ideas y puntos de vista, sirviéndonos principalmente de los textos de Mao que resumen estas experiencias. De entre ellas destacamos las que se refieren a los aspectos ideológicos y políticos por considerar que han sido verdaderamente decisivas. La posición de nuestro Partido sobre este importante problema que se plantea hoy al movimiento revolucionario es bien conocida: sostenemos que no han sido los factores económicos ni la influencia externa, sino las contradicciones internas, propias de la sociedad socialista, las que principalmente han conducido a la crisis. El problema principal reside en que no se ha sabido captar la naturaleza de dichas contradicciones ni se les ha dado un justo tratamiento. Este ha sido el factor determinante del proceso de estancamiento, crisis y contrarrevolución: el abandono de los principios revolucionarios marxistas-leninistas y de la línea de masas, la renuncia a ejercer de manera resuelta la dictadura de clase sobre la burguesía, la instrumentalización del P.C. por parte del Estado y del Gobierno, las concesiones ideológicas y políticas hechas a la burguesía y a sus agentes revisionistas, la política de los estímulos materiales individuales, el fomento de los ‘valores’ y modas del Occidente capitalista... con todo lo cual se ha ido creando el caldo de cultivo para que se extendiera entre los trabajadores el desinterés por la actividad económica, social y política, se ha fortalecido a la burguesía y se le ha facilitado la labor de zapa al imperialismo.

El revisionismo decidió suprimir por decreto la existencia de las clases y sus luchas, al objeto de poder convertir al proletariado en un mero instrumento de la producción. Para esto debía ser desarmado en todos los terrenos, comenzando por despojarlo de su propia identidad de clase y de su historia de lucha. No sospechaban que de esa manera daban entrada en su dominio privado a los burócratas y representantes directos de la burguesía y el imperialismo, los cuales habrían de darles la patada en el trasero cuando ya no los necesitaran. Así se explica lo ‘inexplicable’: la destrucción del Estado y la indiferencia y pasividad con que fue acogido por los obreros este hecho en los primeros momentos. Afortunadamente, esa

fase de la crisis ya ha concluido. Ahora, como ya anunciamos a su debido tiempo y la realidad está corroborando, se ha entrado en una nueva fase que habrá de deparar algunas sorpresas. La historia, pues, no ha terminado.

El comunismo sale indemne de esta situación y habrá de ser el que a la larga se beneficie de ella, entre otras razones porque, como hemos visto, no es nuestra crisis y también porque la que hemos padecido podemos considerar que, con todos esos resultados, ya ha sido superada en sus aspectos ideológicos y políticos.

Es la guerra

Aún no había terminado de ser demolido el Estado Soviético, cuando las contradicciones interimperialistas comenzaron a ocupar el primer plano de la escena internacional. Consecuencia inmediata de este derrumbamiento y del resurgimiento de la gran Alemania fue la guerra del Golfo, que nuestro Partido calificó, nada más comenzar, como la primera batalla de la III Guerra Mundial. Esta llamada de alerta fue recibida por mucha gente con claras muestras de escepticismo. Pero, ¿cómo?, ¿una nueva guerra mundial ahora, cuando ha desaparecido la única causa que podía provocarla? El coro de la propaganda imperialista, que siempre habla de paz cuando más febriles son sus preparativos guerreros, había logrado crear la confusión necesaria para sus planes. Pero esta situación duró poco tiempo. A la iniciativa yanki de atacar Irak siguió el reconocimiento por parte de Alemania, de Eslovenia y Croacia. Esta medida, que fue respaldada por los gobiernos de la CEE, si bien es verdad que algunos lo hicieron a regañadientes, habría de suponer la guerra en los Balcanes, y ellos lo sabían, pues no es la primera vez que esto sucede. Inmediatamente, los EE.UU. respondieron con el 'golpe de Minsk' que de hecho ponía a la Rusia burguesa a sus pies. Y la lucha ha continuado en Somalia y tiende a extenderse. Esta vez no se trata de 'contener' al comunismo, sino de ocupar posiciones estratégicas como primer paso del enfrentamiento entre los grandes Estados capitalistas.

Este enfrentamiento aparece cada día más claro e inevitable, por más que traten de disimularlo con ataques a terceros países y utilicen a éstos como intermediarios, azucen a unos pueblos contra otros y siembren el odio y las intrigas por doquier. Es la vieja táctica de los imperialistas de dividir a los pueblos y utilizar cualquier pretexto para agredirlos y someterlos. ¿Cuánto tiempo tardarán los mismos imperialistas en llegar directamente a las manos? Todo depende de cómo se desarrollen los acontecimientos en Rusia y en el área de los Balcanes. Asia parece una zona impenetrable para ellos, al menos por el momento. La existencia de China Popular, su estabilidad política y el fuerte incremento de su tasa de crecimiento económico, así como la política de buena vecindad que está desarrollando, disuaden a los imperialistas de intentar llevar a cabo allí nuevas aventuras. Pero aun así lo están intentando de nuevo en Corea, en Hong-Kong y en otros lugares. África y América Latina se han convertido en territorios 'de nadie', en zonas de nuevo reparto. Como resultado del derrumbe de la URSS, una nueva colonización de esas extensas zonas parece inevitable, por más resis-

tencia que opongan sus pueblos. Se va confirmando lo que decíamos en «Crisis de desarrollo y desarrollo de la crisis»:

«El socialismo se ha convertido en una necesidad apremiante, en una cuestión de vida o muerte para más de las tres cuartas partes de la población del mundo. Esto es válido igualmente para los pueblos de la URSS, de la RPCH, etc. Sólo el socialismo ha permitido a estos pueblos salir en muy pocos años de su atraso secular y ponerse a la cabeza en muchos sectores del desarrollo económico, social, tecnológico y cultural; y eso pese a todos los chantajes y las agresiones de que han sido objeto por parte del imperialismo. En cambio, la vía de desarrollo capitalista, la 'democracia', 'los derechos humanos' y demás baratijas que ahora les están ofreciendo, ¿qué les han reportado? Sólo la ruina, la desmoralización y el oprobio nacional. Algo parecido les ha ocurrido a la gran mayoría de los países que forman el llamado Tercer Mundo. La 'deuda' la esquilmación y la bancarrota económica, así como todos los fenómenos y lacras sociales que se han abatido sobre ellos, no son más que la consecuencia de un tipo de desarrollo para el que realmente no existe ninguna salida. Este es un problema histórico que sólo podrá ser resuelto por una revolución popular que modifique radicalmente las antiguas relaciones económicas de la explotación capitalista. De otra manera, ¿qué pueden esperar del capitalismo todos esos pueblos y naciones que no sea su total aniquilación?

«Al arruinar a todos esos países y provocar la crisis social que actualmente padecen, el imperialismo ha restringido aún más su campo de actuación económica. La 'recuperación' de los mercados del Este de Europa en tales condiciones no es más que una ficción que no llegará a realizarse. El deterioro y la insolvencia de todos ellos hace poco menos que imposible el que puedan incorporarse al campo de las relaciones económicas capitalistas y atender todas sus exigencias. Por tal motivo, el imperialismo tendrá que basar cada día más su existencia en el expolio descarado, en el empleo de la fuerza y en la agresión abierta».

Por el momento, pensamos que no se puede detener la agresión y el pillaje de los imperialistas, por lo que tendrá que ser la propia guerra la que los debilite y ponga un límite a sus atropellos. El viejo 'orden' no se podía tener en pie por más tiempo, dada la debilidad que aquejaba a la URSS y a los demás Estados socialistas ya desde su mismo origen. La URSS, particularmente, no ha cesado de estar en guerra y de sufrir el acoso prácticamente durante los 70 años de su existencia. La experiencia de todos estos años había demostrado que no le quedaba más que una de estas dos alternativas: avanzar en la profundización del proceso revolucionario, enfrentándose para ello al imperialismo, o detenerse a mitad de camino para terminar siendo víctima de sus propios errores e inconsecuencias. Pero su derrumbamiento final no ha dado lugar a la aparición de un 'nuevo orden' internacional, ni está claro todavía cómo habrá de ser creado éste en las condiciones de crisis general del sistema capitalista. Desde luego, lo que sí se puede asegurar es que EE.UU. no va a poder imponer la esclavitud a los pueblos por más que lo intente. Su política hegemonista, su pretensión de avasallar incluso a los demás Estados imperialistas, está también destinada al fracaso. Esta es la fuente de la mayor parte de

los conflictos actuales. La nueva diplomacia de las cañoneras que han inaugurado, la agresión y ocupación militar so pretexto de «ayuda humanitaria», el establecimiento de «zonas de exclusión» sin límites para ellos, la utilización de la ONU para sus fines guerreros, expansionistas y avasalladores, la violación de la soberanía de otros países y de toda norma de derecho internacional, todos estos hechos y otras muchas circunstancias, son la guerra, a no ser que consideremos como la cosa más normal, o como ese «nuevo orden» del que tanto se habla últimamente, el recurso a la fuerza y las demás tropelías que está cometiendo por todo el mundo esa banda de gángsteres y matones que gobierna los EEUU.

Lo cierto es que éstos pretenden controlar las fuentes de materias primas y las zonas estratégicas, sin lo cual no podrían tratar de imponerse a las otras potencias imperialistas. Hasta dónde les van a dejar éstas ir, sin verse en el papel de parientes pobres, es cosa que está por ver. Pero en cualquier caso se verán impelidas a luchar, ya que de esta lucha van a depender a partir de ahora sus intereses 'vitales'. ¿Qué podemos hacer ante esta situación? En un primer momento, no mucho más de lo que ya estamos haciendo. Hay que tener en cuenta las medidas de sobreexplotación que ya están tomando todos los gobiernos capitalistas para tratar de 'salir de la crisis'. Estas están siendo acompañadas de un conjunto de otras medidas de carácter político, policial y militar, destinadas a controlar a las masas y a convertir a los llamados países 'democráticos' en verdaderos presidios para los trabajadores. Son previsibles nuevas y aún más draconianas medidas represivas en previsión de la situación de 'emergencia' que pueda presentarse a no muy largo plazo. La formación de gobiernos de «unidad nacional», las expulsiones y deportaciones masivas de inmigrantes o su detención en campos de concentración, como ya ha comenzado a suceder, serán otras tantas medidas de uso corriente. Pero, sobre todo, se desatará una caza de brujas, una persecución feroz de todos los 'sospechosos' o susceptibles de ofrecer alguna resistencia y de expresar opiniones contrarias o algo distintas de la opinión oficial. Todo esto se hará, lo están haciendo ya, en nombre de la «democracia», de los «derechos humanos» y de la lucha contra el «terrorismo», naturalmente.

Como decimos, tal como se presenta actualmente la situación, esta avalancha militarista, fascista, policíaca, va a resultar muy difícil de contener en un primer momento, por lo que al mismo tiempo que la denunciamos, alertando sobre las nuevas cargas económicas, las nuevas masacres y los grandes sacrificios que ha de suponer para las masas populares, debemos prepararnos en todos los terrenos para hacerle frente y meternos en «aguas aún más profundas», en espera de una situación más favorable que, inevitablemente, llegará. Habrá, pues, que preservar las fuerzas organizadas e incrementarlas hasta donde sea posible, sin exponerlas más de lo necesario, de manera que cuando se presente la ocasión podamos tomar la iniciativa y derrocar al régimen. Más sobre este particular no se puede adelantar en estos momentos.

¿Quiere esto decir que en tal situación no se puede mantener la lucha o que cualquier forma de resistencia acabaría en una derrota? Esa sería una consideración falsa y capitulacionista, puesto que si se parte de esa idea, de la consideración

de que la lucha no habrá de servir para nada, ¿para qué tomarse entonces la molestia de resistir? Nosotros estamos convencidos de que al fascismo y al imperialismo se les puede vencer y de que en esta derrota las masas populares habrán de jugar el papel principal. Este convencimiento está avalado por nuestra propia experiencia, pues creemos haber demostrado que, aun en las peores condiciones imaginables de terror fascista, siempre se puede combatir.

Esta misma experiencia es la que nos permite ser objetivos y no precipitar un desenlace que puede resultar desfavorable. Hay que tener en cuenta la correlación de fuerzas a nivel general y más concretamente en nuestro país, la cual resulta ahora a todas luces desfavorable para la causa popular. Esta situación tendrá que cambiar. De hecho ya está cambiando y la guerra no hará sino acelerar mucho más esta tendencia. Debilitará a los Estados imperialistas, elevará la conciencia política de las masas, les mostrará claramente el camino de la lucha armada a seguir para liberarse y, en definitiva, posibilitará un nuevo ascenso de la revolución mundial. Mientras tanto, y hasta que llegue ese momento, debemos ser pacientes y proseguir la lucha de resistencia con todos los medios a nuestro alcance hasta convertirla en guerra civil revolucionaria.

La guerra imperialista, si se produce -y es lo más probable- habrá de facilitar también la obra. Esto que acabo de decir puede parecer paradójico, pero no lo es si consideramos fríamente las cosas. Hoy no está en manos de nadie evitar o detener la guerra. Y, por lo mismo, resultaría un grave error lamentarnos, ponernos a lloriquear cuando ésta estalle o sea declarada. La posición del partido revolucionario ante el fenómeno de la guerra no puede ser la de ponerse de parte de los pacifistas o la de tratar de atenuar las contradicciones, sino la de prepararse y preparar a las masas en todos los terrenos para aprovechar dichas contradicciones y llevar a cabo la revolución.

Por lo demás, nosotros, comunistas, no somos partidarios de la guerra; incluso se podría decir que somos sus más encarnizados enemigos, puesto que al oponer la guerra civil revolucionaria a la guerra imperialista no hacemos otra cosa sino crear las condiciones que permitirán acabar con todas las guerras. Nosotros no consideramos que la guerra sea una fatalidad, sino resultado de determinadas relaciones sociales, de relaciones entre los Estados y clases que forman la sociedad; tampoco hacemos depender el triunfo de la revolución socialista de la masacre y la catástrofe que supone siempre toda guerra imperialista, pues la experiencia ha demostrado que la revolución puede triunfar sin que se haya producido antes una guerra de ese tipo. Ahora bien, en situaciones como las que enfrenta hoy la humanidad, la guerra imperialista no sólo es posible, sino que podría convertirse en un aliado involuntario de la revolución. Esto ya ocurrió durante la I y II guerras mundiales desencadenadas por los imperialistas y puede volver a ocurrir en la tercera en una escala mucho mayor y, por lo mismo, de forma posiblemente ya irreversible. Pero la revolución, en cualquier circunstancia, es necesaria e inevitable, y es lo único que, en última instancia, puede impedir la guerra. Ambos fenómenos tienen sus causas más profundas en la crisis del sistema capitalista, en la contradicción fundamental que lo corroe por dentro.

Somos internacionalistas

Ahora que la burguesía de todos los países, regiones y cantones ha decidido independizarse (aunque en realidad no se sabe muy bien respecto de quién quiere la independencia, pues por mucho que lo intente jamás va a poder romper y desprenderse de los lazos que la atan al capital financiero internacional); ahora que cada grupo financiero, cada clan y cada familia burguesa cree llegada la oportunidad de convertirse en una «gran potencia» poniendo a la clase obrera bajo su tutela y azuzando a unos pueblos y naciones contra otros, es más necesario que nunca luchar por la independencia política de la clase obrera y fortalecer los lazos de solidaridad y el combate común. Sólo el internacionalismo efectivo y consecuente, la ruptura con la burguesía y el apoyo decidido a los pueblos y naciones oprimidas, y no las expresiones engañosas de buenos deseos, podrán impedir que el imperialismo conduzca una vez más a los trabajadores a la carnicería y que logre de esta manera debilitar aún más su movimiento político y aplazar por mucho tiempo el triunfo de la revolución.

Sobre este particular, la historia del movimiento obrero y comunista internacional, así como la propia evolución que sigue el sistema capitalista, nos muestra algunas enseñanzas valiosas. En primer lugar, no debemos perder de vista la creciente internacionalización de las fuerzas productivas, la globalización e interdependencia del capital y su tendencia a la formación de bloques. De acuerdo con esta tendencia, tal como ya hemos apuntado, las burguesías nacionales han perdido buena parte de la función que tuvieron en épocas anteriores. Esto hace que la lucha contra el imperialismo se haya convertido cada vez más en una lucha casi exclusiva del proletariado y otros sectores explotados y oprimidos de la población. Por otra parte, la tendencia a formar bloques económicos, políticos y militares y distintas áreas de influencia provoca a su vez la disgregación del sistema, el surgimiento de movimientos «nacionalistas» vinculados, muchos de ellos, a distintos grupos de intereses imperialistas. Sin embargo, no siempre sucede que un movimiento nacional adquiera un carácter proimperialista y reaccionario. Esto depende de la fuerza política que sea capaz de ponerse a su frente. Además, hay que tener en cuenta que el resurgimiento del movimiento comunista y el retorno del socialismo en Rusia y demás países son fenómenos históricamente necesarios e inevitables, que no dejarán de ejercer de nuevo una enorme influencia en el plano internacional.

Lo que desde luego no se va a repetir es la experiencia de la III Internacional, y eso porque, entre otras razones, continúa vigente la ley del desarrollo desigual de los distintos países y procesos revolucionarios; porque conforme a dicha ley, como ya sabemos, la revolución mundial no se puede producir en un solo acto, sino que abarcará un largo período histórico bastante complejo; y finalmente, porque ya no existe ningún «centro», ningún «partido padre» ni ninguna «patria del socialismo» cuya defensa exija en determinado momento renunciar a la propia revolución. Toda esa etapa histórica ya ha pasado. Por este

motivo ahora debemos encarar desde otra perspectiva el futuro. Esta perspectiva no puede ser otra sino la independencia política de clase y el internacionalismo proletario. Es necesario dejar este principio bien sentado.

Al tiempo que afirmamos nuestra independencia política de clase debemos hacer constar también, y demostrarlo en la práctica, el carácter internacionalista de nuestro movimiento. Claro que este problema no puede ser enfocado de la misma manera en un país oprimido que en otro opresor, imperialista. Aun así pensamos que no sólo no existe ninguna contradicción entre la independencia política e ideológica del Partido y su carácter internacionalista, sino que una cosa presupone la otra. ¿Cómo puede ser internacionalista quien niega su propia identidad, las particularidades de la revolución en su país y aquello que le hace sentirse diferente de todos los demás? Sin estas diferencias no podría hablarse seriamente de internacionalismo, ya que sólo pueden ser internacionalistas quienes se sienten solidarios y hacen causa común con los obreros y trabajadores de otros países. Por esta misma razón no se puede pretender ser diferentes y que se nos respeten nuestros derechos si negamos al mismo tiempo las diferencias y derechos de los demás o si nos substraemos a lo que nos es común a todos, es decir, a lo que es propio de nuestra condición de clase oprimida y explotada por la burguesía. El nacionalismo y el internacionalismo pueden ser conjugados sólo en la medida en que no se pierda de vista ninguno de esos dos aspectos (lo particular y lo universal), que es lo que nos separa de la burguesía y nos enfrenta radicalmente a ella. Hoy no es posible recoger el enorme potencial de lucha revolucionaria que se está produciendo en todo el mundo y menos aún tratar de encauzarlo por el camino ya trillado de una sola organización internacional. Pero el internacionalismo, la lucha común, el intercambio de ideas y experiencias, la ayuda fraternal, son tanto o más necesarios que nunca antes para el desarrollo del movimiento y el triunfo de la causa socialista, comunista o revolucionaria.

Y si esto es así, en un plano general, se comprende fácilmente con cuánta mayor urgencia se nos plantea este mismo problema en la situación de España (España como concepto de Estado, debemos aclarar para los más susceptibles, no como «nación»).

Nuestro Partido siempre ha defendido el derecho a la autodeterminación de todas las naciones, y en particular de las que oprime el Estado español, y ha proclamado recientemente que prestará apoyo a estas naciones si mañana deciden separarse para formar un Estado aparte. Esta es la única posición sobre la que se puede fundar el internacionalismo, y siempre la hemos defendido. Pero algunas personas la han interpretado como algo «nuevo», como un «cambio» en la política que, en este terreno, ha seguido nuestro Partido. Y nos preguntan, muy intrigados, si ese «cambio» obedece a una cuestión «táctica» o «estratégica». Verdaderamente, cuesta mucho trabajo convencer a determinadas personas de que nuestra posición, la del PCE(r), no ha variado en lo más esencial (que es la defensa del derecho a la autodeterminación). Lo que ocurre es que esas mismas personas, que rebajan dicho derecho político fundamental, hacen de su ejercicio una cuestión de «trágala» o bien, según los casos, de «autonomía», no comprenden que lo «nuevo» en esa

posición estaba ya incluido implícitamente en lo «antiguo», y que lo único que ha cambiado realmente han sido las condiciones generales que han sido descritas. Por nuestra parte no hemos hecho otra cosa sino poner al día la estrategia y la táctica del Partido referida a este asunto; hemos obrado consecuentemente, como siempre lo hemos hecho y lo seguiremos haciendo en el futuro. Pues somos de la opinión, y de ello estamos absolutamente convencidos, de que «un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre».

Lógicamente no esperamos ningún tipo de «contrapartida» por parte de nadie. Sólo confiamos en la solidaridad de clase de los obreros y que el mero sentido común se imponga sobre el egoísmo y la estrechez de miras. Por otra parte, resultaría una estupidez esperar tal cosa de quienes están habituados a ejercer «su derecho» de explotación y opresión, el derecho del más fuerte, sobre los trabajadores y las naciones. No obstante, debemos insistir y poner todo el acento en el derecho legítimo que asiste a esos pueblos a defenderse y liberarse de la opresión que sufren, y eso aunque sus dirigentes no estén de acuerdo con la línea política del Partido ni aspiren a lograr nuestras metas u objetivos. Esto debemos hacerlo principalmente por solidaridad, pero también por una cuestión política: por el interés en aumentar los problemas y debilitar al Estado que nosotros también combatimos.

Con respecto a esta cuestión, un grupo de militantes del Partido nos ha dirigido una crítica un tanto ingenua, pero muy oportuna y cargada de sentido, a propósito de la «confianza» que hemos expresado en el proyecto de programa en relación al camino de progreso que habrán de seguir todos los pueblos del mundo. «¿También los pueblos reaccionarios?», apuntan en su requisitoria. Pues sí, también confiamos en ellos. El programa, según nuestro punto de vista, expone -más que expresar un deseo- una idea general que se basa en la concepción, según la cual, son los pueblos y no los individuos, los reyes, las castas o los dirigentes, quienes hacen realmente la historia. De aquí no se puede deducir, como lo han hecho esos camaradas, que «confiamos» y menos aún que llamemos a prestar apoyo a determinados pueblos o naciones de las que se sabe muy bien el papel que están desempeñando como instrumentos, avanzadilla o carne de cañón de la agresión imperialista y de las fuerzas reaccionarias locales. Tal es el caso, por poner algún ejemplo, de los croatas y de los sionistas. El marxismo siempre ha enfocado este problema desde el punto de vista de los intereses del movimiento obrero en su conjunto, considerando incluso la posibilidad de que algunos de esos pueblos, que se habían quedado rezagados en el curso de la historia, fueran absorbidos, «asimilados», por otros más desarrollados y «vigorosos». Este planteamiento, que pudo ser justo en la época de rápida expansión del capitalismo y de las revoluciones burguesas -de la que Marx y Engels esperaban que surgiera pronto la revolución proletaria-, ha resultado ser muy poco consistente. La experiencia ha demostrado que los pueblos no son «reaccionarios» ni «revolucionarios» de por sí y que un estado de «efervescencia» (revolucionaria o reaccionaria) sólo se da en ellos en muy determinadas condiciones, de manera que los que ayer fueron «reaccionarios» hoy son revolucionarios, y viceversa. ¿No fue revolucionario el pueblo francés? Sin embargo, a lo largo de este siglo se ha comportado como uno de los pueblos más conservadores de Europa. ¿No fue revolucionario el pueblo

inglés e incluso el norteamericano? Y a «robustez» nadie les gana. Pero ya vemos lo que ha resultado de ellos. También el «pueblo español» fue -se puede señalar casi como una excepción- revolucionario y reaccionario a la vez cuando se levantó contra la ocupación napoleónica, destituyó a las autoridades y elaboró la constitución más progresista de la época, al tiempo que defendía la religión católica y daba vivas al rey absoluto Fernando VII. Y es que son las condiciones objetivo-materiales y los rasgos de la cultura por ellas determinados en el curso del desarrollo histórico, así como la posición geográfica y el tipo de relaciones que han establecido con el mundo exterior (la «geopolítica», como se llama ahora), las que determinan en cada momento el comportamiento «reaccionario» o «revolucionario» de unos u otros pueblos. De todas formas ninguno podrá escapar a la corriente histórica del desarrollo ni podrá oponerse por sí solo a la tendencia general que domina en cada época, por lo que evoluciona y se adapta o, efectivamente, es absorbido, asimilado, y acaba desapareciendo como tal pueblo. No obstante, la capacidad de resistencia que, como todo cuerpo vivo, ofrecen los pueblos a dejarse asimilar o destruir, ha demostrado ser mucho mayor de la que en otro tiempo se les atribuía. La destrucción o asimilación sólo se ha producido con pueblos muy primitivos o prehistóricos (siempre que no vivieran aislados como los de la selva y cuenca del Amazonas). Tal ha sucedido con los indios de Norteamérica y los aborígenes de Australia. Pero, en general, todos han conservado los rasgos más esenciales de su cultura milenaria y de su carácter. En esto destacan los pueblos indios del centro y sur de América.

Causa asombro la vitalidad que han mostrado tener las formas de vida y la cultura colectiva o comunalista que siguen predominando en esos pueblos y que no han podido desarraigar ni la prédica de la religión católica ni la «nueva cultura» del individualismo diseñada por la burguesía y el imperialismo que ha sido importada a aquellas tierras como una mercancía más. Este fenómeno se atribuye muchas veces a la solidez de las raíces ideológicas y culturales (a los mitos ancestrales, a la relación del hombre con la naturaleza, etc.) cuando en realidad es más bien debido al hecho de que no se haya producido allí ningún cambio realmente revolucionario en la estructura económica y social como en otros países y zonas del mundo donde también hemos sido «indios». Algo semejante ocurre con los pueblos islámicos.

El comunismo encontrará en esos pueblos, qué duda cabe, un terreno fértil donde poder crecer y propagarse, a condición de que sepa adaptarse a ellos y aporte todos aquellos elementos de la ciencia, la técnica y la civilización moderna que necesitan para salir del abismo de la miseria, el atraso y la postración a que han sido conducidos por siglos de explotación, oscurantismo y opresión imperialista.

Nosotros estamos en la lucha con estos pueblos y tenemos confianza en ellos como, en general, en todos los pueblos de Europa, África y Asia. Y eso a pesar de lo muy «atrasados» o «reaccionarios» que puedan ser en un momento dado algunos y por más barbaridades y matanzas que organicen entre ellos los bandidos imperialistas. Sabemos del enorme potencial revolucionario que encierran y que el capitalismo no les ofrece ninguna salida, de manera que, a no tardar mucho, tendrán que orientarse por la única vía que realmente queda para el desarrollo de la humanidad.

III

El problema de la organización, es el más importante y decisivo

En esta ocasión nos ha parecido conveniente dejar para el final del informe el tema de la organización del Partido y de su trabajo entre las masas, y no porque lo consideremos secundario o carente de interés, sino precisamente por lo contrario: es necesario hacer hincapié en él, repasar las experiencias que hemos obtenido a lo largo de los años, extraer conclusiones, perfilar aún más nuestra línea de actuación, etc. Siempre hemos sostenido que las cuestiones de organización son el problema principal que tenemos por delante, el más importante y decisivo, sin cuya solución no conseguiríamos dar un solo paso adelante. Por este motivo ha atraído en todo momento nuestra atención y aún hoy la sigue atrayendo. ¿En qué reunión del Partido no se plantea ni se discute, no se hacen planes y no se toman acuerdos en relación con este problema? Yo diría que es a lo que más tiempo y esfuerzo venimos dedicando, y es justo que así sea, puesto que, como queda dicho, no existe un asunto más importante para nosotros que el de la organización política de clase de los obreros. Sin embargo, los resultados no parecen corresponder a tantos afanes y esfuerzos. ¿Por qué sucede esto? No voy a repetir todo lo que ya llevamos dicho sobre este mismo particular, pero la verdad es que esa «apariencia» no se corresponde con la realidad. Primero, hay que tener en cuenta la naturaleza de esta labor, que no es igual a la de cocer panecillos, que es como algunos se la habían imaginado; segundo, habría que considerar que cuando hayamos resuelto este importante problema, cuando hayamos logrado organizar en cada lugar de trabajo, barrio, localidad, comarca, etc., a la vanguardia del proletariado, a los hombres y mujeres más avanzados y esclarecidos de nuestra clase y como resultado de ello afluyan al Partido decenas y cientos de miles de obreros, es porque la revolución estará a punto de triunfar y tendremos hecho ya más de la mitad del trabajo. Será entonces cuando, según la expresión de Lenin, en un solo día se «condensarán» muchos años de actividad. Pero hasta que llegue ese día, que nadie espere milagros. Hay que rechazar y poner al descubierto esa concepción que imagina al partido revolucionario al modo de las agrupaciones socialdemócratas y reformistas, desprovistas de toda norma de funcionamiento disciplinado y clandestino, que para lo único que sirven es para las campañas electoreras y para organizar una fiestecita de vez en cuando.

El nuestro es un partido militante, disciplinado y aguerrido y por lo mismo sólo pueden formar parte de él auténticos revolucionarios comunistas. Hay que entender que éstos no se forman de un día para otro, ni salen de debajo de las piedras. Se están formando en la lucha diaria. En ella se están templando, van aprendiendo y se van destacando en número creciente cada día. Este es un pro-

ceso lento, complejo y muy difícil, verdaderamente tortuoso en un principio, pero seguro e inevitable. ¿Cómo se explica, si no, el que hayamos podido resistir durante tantos años consecutivos la represión sin que ésta haya logrado hacer mella en nuestra conciencia política y el que hayamos salido finalmente victoriosos de esta prueba?

La detención del C.C. en Octubre de 1977, apenas transcurridos tres meses desde la celebración del II Congreso, supuso un golpe muy duro del que nos ha costado mucho tiempo reponernos. Pero entonces todo el mundo nos daba por muertos o «desaparecido». El asesinato posterior de algunos cuadros dirigentes (y las deserciones, que también las ha habido) han hecho mucho más difícil la tarea; eso por no extendernos en las continuas detenciones y en los errores que se han venido cometiendo. La ausencia de esos hombres y mujeres que hicieron posible la «proeza» de reconstruir el Partido y de llevarlo a dar los primeros pasos bajo un nutrido fuego enemigo ha sido, sin ningún género de dudas, la mayor limitación que hemos encontrado. La reacción española -en particular los órganos represivos- eran conscientes de esta limitación y han estado cifrando en ella las esperanzas de nuestra rendición. Pero todo ha sido en vano. Nos quedamos solos un puñado de militantes, y cuando pudimos escapar al cerco policial emprendimos nuestra «pequeña» larga marcha a través de los Pirineos, y allí permanecimos durante todo el tiempo que fue necesario para establecer de nuevo los contactos y organizar una reunión de la que salió elegida una nueva Dirección, la cual ha ido asumiendo paso a paso, muchas veces con más voluntad que acierto, sus funciones. Todos sabemos que la dirección de un partido revolucionario no nace ni se crea en torno a una mesa; que para ello se requieren tiempo, hábitos y conocimientos comunes, y que éstos sólo se pueden adquirir por medio de un trabajo desarrollado también en común. Por esta razón hemos debido dedicar a ello la mayor parte de los esfuerzos. Y añadamos, «peleándonos», tirándonos de las «greñas» pero aquí estamos.

Para no hacer excesivamente largo este informe me detendré a comentar tan sólo algunos de los problemas que se han presentado en la última etapa.

Comenzaré por el más importante de todos, el que se refiere a la estructura y al funcionamiento de la propia Dirección del Partido. Desde hace mucho tiempo habíamos decidido, por razones de seguridad y eficacia, que una parte de la Dirección debería residir en un país extranjero y el resto en el interior de España. Esta medida afecta, naturalmente, a las mismas comisiones, haciendo que el funcionamiento resulte mucho más lento y complejo. De modo que, desde que tomamos aquella decisión, hemos intentado en varias ocasiones hacer que el «invento» funcionara, hemos tratado de situar a cada uno en su sitio y de que todos desempeñemos nuestro cometido. Sin embargo, ha sido en este terreno donde hemos encontrado las mayores dificultades. Una de ellas, como siempre, ha sido la represión, que nos limita, nos impide hacer las cosas como necesitamos o nos impide «cuajar» lo que hemos comenzado. Otra dificultad la hemos encontrado en nuestras propias carencias, en la escasa preparación de los militantes que tenían que desarrollar esa labor. No hace falta insistir aquí en el valor humano, ponderar la entrega o el espíritu de sacrificio, etc., pues de eso tene-

mos, no digo más de lo que hace falta, pero sí mucho más de lo que a veces se requiere, sobre todo si lo comparamos con otras cualidades también necesarias. En los aspectos ideológicos, políticos y técnicos, hemos visto muchas deficiencias, muchos fallos. Y no es que no nos hayamos preocupado por solucionar este problema. Le hemos prestado la máxima atención desde el comienzo. Si recordáis, una parte considerable del informe al primer Pleno la dedicamos a tratar sobre la nueva dirección, sobre la necesidad del estudio, sobre cómo relacionarnos y cómo debíamos funcionar. Todo eso estaba previsto y en la práctica lo hemos ido siguiendo a cada paso, pues sabíamos por experiencias anteriores que podía suceder. Y así fue: nada más acabada aquella reunión y vueltos todos a su lugar de trabajo cada uno continuó, como quien dice, haciendo las cosas «a su manera»; de lo que habíamos acordado y de lo que se recogía en aquel informe nunca más se supo. Luego tuvimos que continuar bregando a fin de que se pudiera formar un núcleo dirigente en el interior. Pues bien, como queda dicho, es cierto que éstas son cosas que no se pueden improvisar y en este sentido no hubo ninguna sorpresa. Sí las hubo, y muy grandes, a la hora de verificar en la práctica aspectos concretos de la aplicación de los acuerdos que se habían tomado.

Llegó un momento en que, bueno, los camaradas se reúnen y toman un buen número de decisiones que quedan luego en el papel. Más tarde comprobamos que habían sido sus buenos deseos los que prevalecieron a la hora de trazar los planes. Además no se funciona como realmente debe hacerlo una organización del Partido -no digamos una fracción dirigente- sino más bien como un grupo de amiguetes. Por eso cuando nos referimos a la Dirección del Partido en el interior, a los comités nacionales y comités locales de aquella época -y aun de hoy- hay que matizar: en buena medida eso no deja de ser un proyecto. Nuestro objetivo principal ha consistido en crear, primero, la Dirección del Partido. Estos objetivos han sido cumplidos en lo esencial. Luego hemos procedido a formar las comisiones, a establecer la división y la especialización del trabajo en su seno, al tiempo que procurábamos asentar un núcleo de la Dirección en el interior que asumiera sus tareas y funcionara como tal. Este núcleo tenía encomendada, fundamentalmente, la labor de poner en pie los comités nacionales y locales y en ellos debería apoyarse para desarrollar todo el trabajo de propaganda, agitación, etc. La fracción del exterior apoyaría ese trabajo, nos pondríamos prácticamente a disposición de los camaradas del interior, elaboraríamos los materiales de propaganda, el órgano central, etc., y trataríamos de coordinar las distintas funciones. En esa dirección hemos estado trabajando durante un largo período. Pero la realidad es que durante mucho tiempo no conseguimos dar un solo paso adelante. Lo intentamos muchas veces, hemos peleado como demonios, nos han zurrado más de una vez y hemos cometido muchos errores. Esto ha ocurrido, principalmente, porque los camaradas que tenían encomendada dicha labor sobre el terreno carecían de la experiencia práctica necesaria y hemos tenido que comenzar a formarlos. Por otro lado, sucede que cuando estamos en esta brega, izas!, se producen varias detenciones, lo que nos obliga a reflexionar y a tener que dar al final marcha atrás.

Se imponía ordenar un repliegue para poder volver más tarde, y sobre otras bases, sobre los mismos pasos. Es claro que no podíamos continuar haciendo las cosas de aquel modo y que, de proseguir, el resultado más probable hubiera sido que no habríamos conseguido en mucho tiempo formar el núcleo que estábamos necesitando. ¿Qué ocurre? ¿Qué podemos hacer? Estas eran las dos preguntas que nos hacíamos. Nuestro plan de organización era correcto, estábamos esforzándonos para llevarlo a cabo, pero encontrábamos a cada paso unas dificultades casi «insuperables». Y llegamos a una conclusión: tenemos que esperar.

Hay que dejar que las cosas rueden un poco más y preservarnos, no quemarnos inútilmente en el empeño. Porque cuando se den las condiciones no vamos a tener quien recoja los frutos y las vamos a desaprovechar. Por esta razón, lo que más importa es preservar nuestra pequeña fuerza en espera de una situación más favorable. Así planteamos las cosas y obramos en consecuencia.

Yo creo que ésta ha sido la decisión más importante que hemos tomado en la última etapa, lo cual no ha supuesto, en ningún momento, quedarnos con los brazos cruzados a la espera de que nos cayera en las manos el fruto maduro. Al contrario, todo lo que se podía hacer lo hemos hecho, pero desde el exterior principalmente, arriesgando lo menos posible y con la vista puesta en crear todas las condiciones que habrían de permitirnos relanzar de nuevo el trabajo del Partido. Esto nos ha facilitado mucho las cosas; ha hecho posible, por ejemplo, poder controlar mucho mejor la labor de cada uno y desarrollar un trabajo más pausado y permanente de discusión y planificación.

Hay que insistir de nuevo en que, para nosotros, nunca se ha tratado de contar con organizaciones muy amplias o compuestas por numerosos militantes. Eso resultaría imposible en estos momentos. Por esa razón, promover núcleos de cinco o tres militantes en cada localidad o centro industrial importante, formados por camaradas con las ideas claras, firmes y dispuestos a trabajar seriamente, sería más que suficiente para acoger a ese núcleo de la Dirección y asegurarle el mínimo indispensable para que pueda desarrollar su trabajo. En este sentido se han hecho importantísimos progresos últimamente, pero en esta etapa de la que estamos hablando... Bueno, en realidad, antes de esta etapa lo teníamos mucho peor, pues, como ya expliqué más arriba, después de las detenciones del 85 no quedó prácticamente nada organizado y tuvimos que partir casi de cero. O sea, que esa otra situación representaba un pequeño progreso si la comparamos con la anterior. Digo esto porque se puede crear la impresión de que no hemos hecho otra cosa más que retroceder, y eso no ha sido así, particularmente en este último período. En esto se hace notar la agudización de la crisis del régimen y nuestro propio fortalecimiento. Pero habíamos llegado a un punto en que nos costaba mucho seguir avanzando e incluso, como hemos visto, existía el riesgo de que nos echaran de nuevo «p'atrás» y nos cortaran todos los puentes. Por este motivo decidimos retroceder: antes de que nos empujen de mala manera, nos dijimos, retrocedamos nosotros, repleguémonos de la forma más ordenada, para luego avanzar de nuevo pisando un terreno mucho más firme y seguro. Así es como hemos procedido.

Reforzar el aparato clandestino del Partido

Ahora, desde hace ya algún tiempo, estamos trabajando en el establecimiento del núcleo de la Dirección en el interior. Este proyecto sigue siendo válido y a él no hemos renunciado. Es justo trasladar al interior una parte de la Dirección y fortalecerla con nuevos cuadros, a fin de que se puedan atender debidamente las necesidades que se nos plantean, sobre todo en los aspectos prácticos y orgánicos. Que la Dirección del Partido esté ahí, permanentemente dedicada y en continuo contacto con la comisión política, supone un paso de enorme importancia para el fortalecimiento del Partido y el desarrollo de su trabajo político entre las masas. Que miembros de la Dirección se reúnan entre ellos, discutan los problemas y tomen decisiones sin esperar las «instrucciones» de fuera; que se hagan presentes en las localidades, que tomen contacto con los militantes de base, que les aconsejen sobre la mejor forma de organizarse y de hacer las cosas; que los comités locales se sientan respaldados y puedan recoger y servirse de esa labor de la Dirección, teniendo asegurado al mismo tiempo el contacto o la relación, todo eso es lo que pretendemos que se haga. Es lo que intentamos hacer al principio y no lo conseguimos porque los camaradas no tenían ni medianamente claras las ideas, porque se «olvidaban» de la mitad de los acuerdos, porque se embrollaban a cada paso y no se coordinaban; porque no comprendían la importancia de los contactos y la relación estrecha con nosotros y fallaban muy a menudo, quedando ellos y dejándonos «colgaos». Todo eso era el resultado de la inexperiencia, de la falta de profesionalidad. En este terreno hemos avanzado muchísimo. Además, ahora tenemos la ventaja de contar, por un lado, con mejores condiciones de seguridad, y de otro, con una organización que antes no teníamos. Esto no quiere decir que debamos bajar la guardia y no prestemos más atención a las cuestiones de seguridad. La seguridad, como en general todo lo relacionado con el trabajo clandestino, tiene que ser reforzada continuamente, pero el hecho de que hayamos pasado ya a formar ese núcleo en el interior con ideas y criterios claros, y que éste haya comenzado a funcionar desde un terreno firme, supone un paso importantísimo que garantiza, entre otras cosas, el que podamos recuperar en poco tiempo el terreno perdido.

El siguiente paso a dar consiste en terminar de romper la resistencia que encontramos en algunos camaradas a la hora de plantearles su incorporación al trabajo clandestino. Todavía hoy no se acaba de comprender que no es únicamente por una cuestión de seguridad, de preservar al Partido de los golpes de la represión, por lo que la Organización debe mantenerse en la clandestinidad, sino, y sobre todo, porque la dirección clandestina del trabajo de masas imprime a éste un carácter revolucionario, algo imposible desde la legalidad; al menos en las condiciones de un Estado terrorista como el que impera en España, pues la continua presión policial obliga a rebajar el contenido revolucionario de la actividad política hasta situarla en un nivel reformista, más o menos radical. De no abandonar esta posición es muy fácil, como demuestra la experiencia, dejarse arrastrar por el legalismo y el espontaneísmo, que imposibilitan llevar a cabo un trabajo organiza-

do, múltiple y variado, verdaderamente revolucionario. Los intentos de algunos camaradas por hacerse un hueco en la sopa de siglas que suele convocar pacíficas manifestaciones de impotencia o redactar pomposos comunicados, la persistencia en celebrar acto tras acto, malgastando así tiempo y energías o el infantil activismo de otros, ansiosos por recoger frutos donde ni siquiera se ha sembrado, ¿a qué responden sino a una equivocada concepción sobre el carácter de nuestra Organización y de los fines u objetivos que persigue? Por eso es necesario insistir una y otra vez en estos problemas. Además, carece de fundamento el dilema que algunos se plantean entre el trabajo de masas y la actividad clandestina, ya que ésta no sólo no aleja al Partido de las masas, o de sus elementos más avanzados, que son, fundamentalmente, entre quienes debemos trabajar, sino que, además, si queremos preservar nuestras fuerzas, garantizar la continuidad del trabajo y tener las manos libres para tomar una decisión u otra, hemos de actuar desde la clandestinidad, fuera de todo control y de cualquier tipo de presión. Por lo demás, las condiciones generales, el desarrollo de la crisis, habrán de facilitarnos las cosas; con eso y con la ayuda del cielo...

¿Recordáis el cuento del viejo tonto que se había propuesto mover las montañas? Al final el cielo se apiadó de él y acudió en su ayuda. En este cuento, que refiere Mao en uno de sus escritos, el viejo tonto representa al Partido Comunista, y el cielo a las masas del pueblo de China, las cuales, llegado un momento, se levantaron para derrocar al feudalismo, al capitalismo burocrático y al imperialismo, las tres grandes montañas que impedían su marcha hacia adelante. Bueno, pues en nuestro país habrá de suceder lo mismo. Llegará el día en que el cielo se apiade de nosotros y acuda en nuestra ayuda para demoler esas dos grandes montañas que son el fascismo y el imperialismo. Hasta que llegue ese día tenemos que ser pacientes y no cejar en nuestro empeño.

Es verdad, y así debemos reconocerlo, que se sigue una marcha lenta, desesperadamente lenta, en el desarrollo de la Organización. Curiosamente, esa lentitud contrasta con la radicalización y extensión cada día mayor que está adquiriendo el movimiento espontáneo de masas. A veces este fenómeno lo atribuimos a la «juventud» del Partido ya que no ha tenido tiempo aún -ni la «oportunidad»- para echar hondas raíces entre las masas populares. Otras veces señalamos la represión como la causa principal de ese retraso, así como el temor que sienten muchas personas a relacionarse con nosotros. Y esa represión y temor existen, sin ninguna duda. Por otra parte, habría que considerar la «crisis de los partidos» como algo que de algún modo también nos afecta, ya que la gente «no se fía de nadie». Esa desconfianza está más que justificada con respecto a los partidos burgueses, ¿pero cómo convencer a los trabajadores de que el nuestro, el PCE(r), no es un partido como los demás y que no persigue sus mismos fines e intereses, sino los de la clase obrera y los del pueblo en general? ¿Cómo demostrar esa diferencia? La clandestinidad, el ser continuamente perseguidos por el Estado burgués y por toda la caterva de «izquierdista» que le sirven, constituye una prueba, pero no es suficiente, pues también los carrillistas fueron perseguidos y quien más o quien menos, desde las mismas áreas del poder, se ha fabricado una historia de mártir, de luchador y de

demócrata de «toda la vida» que no hay quien se trague. Tampoco podemos ofrecer un programa de reformas aunque planteemos y luchemos por algunas de ellas, lo que hace que nuestras proposiciones aparezcan «irrealizables» o muy alejadas de los problemas y preocupaciones diarias de las masas. Esto dificulta la aproximación y nuestro trabajo entre ellas. Además no hay que desestimar la labor que han hecho y continúan haciendo los revisionistas y la enorme repercusión que ha tenido la hecatombe provocada por ellos en numerosos países, lo cual merma extraordinariamente las posibilidades de una rápida recuperación de la moral revolucionaria y de la conciencia política en amplios sectores de la clase obrera. Todos éstos son factores importantes que debemos apreciar, pero no lo son todos, ya que ello también depende, en medida considerable, de los flujos y reflujos por los que atraviesa siempre el movimiento revolucionario de cada país. Dependiendo de estos flujos y reflujos, el movimiento político de las masas puede crecer o desarrollarse rápidamente en plazos de tiempo relativamente cortos, o bien, en otras circunstancias, puede retroceder o quedar detenido. Esto último es lo que ha sucedido en España desde que se inició la reforma a mediados de los años 70 hasta nuestros días, en que, como ya hemos analizado, se observa un nuevo ascenso. En esta nueva situación, el Partido podrá encontrar mejores condiciones para llegar a las masas y para hacerse entender, al menos entre sus elementos más avanzados. No hay que desesperar. Tenemos que ser pacientes y, sobre todo, aprender a «machacar» el hierro para darle forma cuando esté bien caliente.

Alguna gente bien intencionada no comprende estas cosas y llegan al extremo de tachar de «contrarrevolucionarios» y «aristócrata» a la mayor parte de los obreros por el mero hecho de que éstos no se comportan siempre según el esquema idealista que de ellos se habían formado. Han aprendido de memoria unas cuantas frases acerca de la clase obrera «como sujeto de la historia», del papel que sabemos habrá de jugar más tarde o más temprano en todos los países, y esperan que los obreros se comporten en todo momento y lugar, incluso individualmente, con arreglo a ese esquema; pero como en la realidad cotidiana las cosas son mucho más complejas y se presentan de otra manera, entonces pierden pie y ya no saben a qué santo encomendarse. De modo que no es de extrañar que les oigamos muy a menudo plantear preguntas como las que siguen: ¿cómo han actuado los obreros en Polonia, en Rusia, en Alemania? , ¿Por qué se han dejado «engañar» por los carrillistas y otros estafadores social-fascistas aquí, en España? , ¿Es que no estaban alertados desde un principio de lo que escondían bajo la política de «reconciliación nacional» y de la reforma del régimen? Preguntas para las que, verdaderamente, no existe ninguna respuesta al margen de las que ya hemos apuntado, pues si bien es cierto que existen la «aristocracia obrera» e incluso los obreros reaccionarios, éstos serán siempre una minoría insignificante en relación a la gran masa de los explotados y oprimidos por el capital. Aplicar tales calificativos a esa masa resulta un absurdo y una estupidez y conduciría a considerar a los obreros poco menos que como un rebaño, que es como son considerados por los sociólogos burgueses más proimperialistas y reaccionarios. Nosotros no podemos aceptar una tal calificación por muy «inexplicables» que nos resulten a veces ciertos comportamientos y la

apatía que observamos entre los trabajadores. No somos unos «idealistas», en el sentido de creer que los pueblos, las clases y los individuos se lanzan a la lucha movidos tan sólo por ideales, y no por intereses muy concretos, y eso sólo cuando se ven obligados o impelidos a hacerlo. Para que no fuera así, todo el mundo tendría que ser consciente; la humanidad debería haber dejado de estar dividida en clases antagónicas, tendría que haber salido hace tiempo del reino de la necesidad y haber entrado en el reino de la libertad. Pero esto está todavía lejos de suceder, lo que resalta, una vez más, la importancia de la labor del Partido. Sólo el Partido puede actuar conscientemente, con conocimiento de causa, de los fines y de los medios o procedimientos que permitan alcanzarlos. Y esos conocimientos rara vez los consigue a la primera. Hace falta que medie la práctica, acumular experiencias, pasar por toda una sucesión de derrotas y victorias antes de alcanzar un conocimiento claro y profundo de la realidad que queremos -y necesitamos- transformar. Así nos vamos haciendo cada día más «sabios». Sólo el Partido puede ser el depositario de esa experiencia y transmitirla a las masas, «partir de las masas», para «volver otra vez a ellas». y eso habrá de repetirse cientos, miles de veces. En ello consiste el principal método de trabajo del Partido, la «línea de masas», y no podemos tener otro. Esto implica tener que adoptar siempre una posición de clase muy firme y muy clara, de decidido apoyo al movimiento de las masas, y una actitud coherente ante ellas, tanto de maestros como de alumnos.

En fin, camaradas, una vez que hemos conseguido articular de nuevo la Dirección y una amplia red de organizaciones, de contactos y de relaciones, tanto dentro como fuera de España, podemos mirar con mucho más optimismo ese «futuro que nos quieren emborronar». Sin esa labor previa no podríamos haber celebrado este Congreso, el cual viene a suponer la culminación de todo ese largo y difícil período que hemos atravesado. Aun así no todos los problemas están ya resueltos, como fácilmente se podrá comprender. Hemos superado la etapa más dura y más difícil de la historia del Partido, pero seguramente lo será aún más la que habremos de atravesar. Tenemos ante nosotros un duro y largo camino por recorrer. Debemos seguir preparándonos para ello.